







# la frontera





© Raquel Zieleniec

© Yaugurú

ISBN: 978-9974-719-51-4

NARRATIVIVAS / 20

Colección dirigida por Gustavo Wojciechowski

Buenos Aires 421 apto. 1

Teléfono: 598 2 9152941

<macadgster@gmail.com>

julio 2016

Montevideo - Uruguay

Diseño: maca





# **la frontera**

y otros relatos

Raquel Zieleniec





## VIVIR EN LA FRONTERA

Somos seres fronterizos, limítrofes, alledaños. Somos el único ser sobre la tierra consciente del límite, de la línea de demarcación que nos separa de otro ser. Entendemos que existe una zona de transición donde las cosas se descomponen y comienzan a ser otras.

Hacer un prólogo es una tarea de extrema responsabilidad y un tanto inútil, el lector debería apresurarse a pasar esta página y adentrarse en los mundos que palpitan en este libro.

Los libros tontos requieren de lectores tontos, los libros profundos necesitan a un lector profundo, este pertenece a esta última categoría. Aquí no hallarán fuegos de artificio ni escaramuzas lingüísticas. Este es un libro para mondar, capa tras capa. Puede ser un conjunto de textos entretenidos, textos para pasar el rato o, si el lector baja la guardia, convertirse en textos complejos, removedores, limítrofes.

Desconfiemos de una psicoanalista que hace literatura, desconfiemos desde la tapa. Bien podríamos parafrasear a Magritte y decir *esto no es una pipa* y estar en lo cierto, pues no lo es.

Los cuentos y relatos de este libro abordan un aspecto distinto del concepto que cada uno tiene acerca de qué es una frontera. Por cierto, la frontera es una circunstancia física y psicológica, una línea política y geográfica, una percepción ontológica. Un límite que nos separa de lo fantástico y quizá –para introducirnos en el terreno de la autora– de lo ominoso.

En algunos casos la anécdota o el dato que da origen a un relato puede parecer anodino, trivial. Si alguna advertencia he de hacer al lector es esta: cuídese de los textos aparentemente

ligeros. Existe un hilo delicado que urde la trama y da coherencia a los cuentos. Un hilo casi invisible. Los textos de *La frontera* están aquí porque tienen que estar, se necesitan, se imbrican unos con otros, dialogan; algunas veces gritan y en otras ocasiones reverbera un sonido tenue que se insinúa a lo lejos como una premonición.

*La frontera* de Raquel Zieleniec es un libro territorial y psicológico, un libro político, política de las relaciones. Bien podría llamarse *el libro de los gestos*, de aquellos elocuentes y de los otros, los que no alcanzan a salir.

Hay (¡Ay!) mucho prójimo en estos textos, entrañables y dolientes, búsquese, seguramente también está usted.

**Javier Etchemendi**



## GAME OVER

a Mariano

Apenas su figura irrumpió en tu campo de visión, tu mirada acusó el impacto. Algo destinado a permanecer latente, detonó. Nunca lo habías visto, no sabías quién era. Apareció ese día con paso sereno y el rostro encendido. Se integró al juego como uno más. No hablaba demasiado.

Podría describir este primer encuentro de muchas maneras, pero fue evidente que al verlo, tus ojos se soltaron, la raqueta se desprendió de tu mano aunque nunca lo percibiste. En seguida sacudiste la cabeza, apretaste los labios como sujetando un hilván y volviste al *drive*.

Él jugaba con mucha calma. Su brazo era fuerte y sólido. Era “tan rubio y encantador”, ejercía tal atracción sobre ti, que tu mirada saltaba de la pelota a su cuerpo, de la raqueta a sus ojos. De inmediato tu rostro se volvió espejo del suyo. Exhibiste una sonrisa cautivante, cautiva; y la ocultaste. ¿Acaso le habrías ocasionado alguna inquietud? Sueles decir que las emociones son recíprocas.

*¿Qué tanto me deslumbró él? Tal vez su gesto desenfadado, la sonrisa delineada, la calidez de sus movimientos. Ignoro qué fue; su porte, el color de su mirada...*

*Pero cuando se irguió delante de mí... no... nada resonó en ningún lugar identificable de mi cuerpo. Es que no era algo esperado, nunca había ocurrido. Tantos años “cazada”... Tal vez fue después, seducida por su fuerza, que un escalofrío me atravesó.*

*Aquel hombre de mirada perspicaz rasgó mi letargo como si hubiera mordido mis ojos. Por supuesto, no hice nada. Miedo y vergüenza son los peores aliados de cualquier iniciativa.*

*Pero solo de considerar que podía quedar expuesta, una ola sofocante de calor invadió mi rostro.*

*No, yo estaba a salvo de todas esas flaquezas. Jamás hubiera arriesgado un avance, no era libre, no me sentía...*

*Recién ahora puedo saberlo. En aquel momento, no estaba advertida de mi propio sobresalto. Y creí que tampoco los otros.*

En aquel momento, el juego era lo único que parecía embriagar a todos. También a él, concentrado en su propia anotación. En medio de aquella “ruda” competencia, cuando un avance no llegaba a tiempo, un rebote hacía soltar la carcajada o un *match point* obligaba a pegar un gigantesco salto, en aquellos instantes privilegiados, la esencia física del placer parecía multiplicarse y ya no importaba demasiado quién ganaba.

Era verano en el predio municipal. Y ese era el preciso lugar, tan soñado para jugar. Rodeado de enhiestos pinos, en esa hora temprana, su frescura enmarcaba la armonía del espacio. El bosque lucía tendido, como esperando que comenzara la fiesta. Era un sosiego hecho de luz en cuyo centro dos sábanas de cemento acribilladas aguardaban en silencio.

*En aquellas primeras horas mi cuerpo retozaba, el verde me absolvía. Estaba sola aguardando la llegada de los otros y saboreando los sueños que poblaron mi noche. Balanceando su raqueta y con paso sereno es él quien llega. Asoma primero por la esquina del parque y los claroscuros se expanden. Sus matices inauguran la mañana. Presintiendo el encuentro, una sensación de plenitud desborda sin hallar su cauce.*

*Es el premio de madrugarle al día antes de que el calor nos agobie.*

Él volvía cada día. Se había vuelto parte del entorno. Su presencia, como la brisa, parecía impregnarte de tal suerte que si faltaba alguna vez, algo hacía sombra en tu mañana.

Te sorprendía no desear saber quién era.

Tal vez conocer la vida de los otros puede dejar en un segundo plano el propio juego. Si no preguntas, potencias el placer, el enigma, la promesa.

En ese entonces quizás no podías concebir lo que aún no adquiriría relieve. Lo pensarías por lo que no era: ni amigo, ni interlocutor, ni amante.

Corrías radiante, eufórica. Te era imprescindible atravesar con la raqueta aquel apremio, surcarlo como un látigo, bajar la cabeza y empujar la vida. Luego, regresar agotada a apagar el estremecimiento, debajo de una copiosa ducha.

No saber quién era... ¿constituía otro de tus juegos? ¿Inmovilizaba tu curiosidad, paralizándola?

¿Quedaba acaso al acecho?

*Una carrera arremetiendo hacia la red exalta la sensación de desenfreno; la pelota retorna como un boomerang con la fuerza de un golpe de revés. El haz del aire vibra aturdido.*

*Nuestros cuerpos aparecían de pronto suspendidos, congelados por un instante como imágenes. Hasta que de pronto, un arrebatado lanza el rugido y consume el game.*

*Mi recuerdo titubea como los vaivenes de una barca. Si por un momento vuelvo a evocar aquella escena, observo con extrañeza a los otros, los que yo miraba sin comprender qué hacían allí.*

*Hoy, todo aquello empequeñece y se reduce a imágenes fijas. Las palabras no logran delinear su contorno. Seguramente*

*porque nunca existieron. Es solo percusión lo que permanece resonando. Mi cuerpo, el suyo, pulsando, respondiendo. Un latido, otro...*

*Las vacaciones aceitaban el engranaje del tiempo. La luz del verano comenzaba a perder su luminosidad y anunciaba su transformación.*

*Pero aquella armonía permanece imperecedera cada vez que se renueva el recuerdo.*

Un día, durante el descanso, lo escuchaste decir algo que reverberó en otra dimensión de tu vida.

Entonces, tal como temías, el juego comenzó a desdibujarse. Ingresó en ese otro universo que hasta ahora habías mantenido apartado. Tu rostro expresó sorpresa y desconcierto. Algo se desprendió dentro de ti como si estuviera cayendo desde lo alto. Y nada pudo impedirte ya, cuando todos se estaban yendo, preguntarle a qué se dedicaba.

*¡Profesor de filosofía! ¿Cómo no lo había presentido? Estaba confundida. Tenía acaso frente a mí un interlocutor deseable? Volví a mirarlo como si le viera por primera vez. Me sentí en falta. De pronto lo vi como un hombre diferente, formal. Era yo quien había errado en un desvarío. Sería él, entonces, alguien con quien intercambiar ideas, reflexiones, tal vez fuera ese el rumbo ¿adecuado? que el horizonte diseñara. Confieso que lo pensé con pena. Tenía que renunciar a ciertas fantasías que no solo no se habían realizado sino que ni siquiera habían adquirido, aún, su forma.*

Entonces cursaste la invitación. Él sonreía y asentía con cordialidad. Pero los días pasaban y su tardanza en llegar hasta tu casa, te desconcertaba. Habrás cavilado acerca de ciertas rela-

ciones que sólo se dan dentro de sus entornos y renunciaste a insistir. No se trataba de movilizar nada que aventurara un fracaso. Te habrás consolado sabiendo que si ya estaba “escrito”, si habría de darse, no era necesario forzarlo. Es cosa de tiempo, te habrás dicho.

Los meses fueron sucediéndose.

En la ciudad, un buen amigo dijo conocerlo. El dato no te resultó relevante. Dijo que se ganaba el cariño y el respeto donde estuviese, pero eso ya se te había hecho evidente.

De él, tampoco sabía nada más. No preguntaste.

*La luz brillante del verano comenzaba a declinar.*

*—Mira, mira esa luz —dijo él, al borde de un febrero, mientras señalaba las ramas más altas de los pinos— Ves ese color bronce... ese tono cobrizo... ¡ya es la luz del otoño!*

*Sí. Su observación me sumergió en ese instante en que pude aprisionarlos a ambos.*

*Aprisionar el día y la noche... Desde mi terraza enfrentada con la bruma del mar, me vuelvo testigo. Hacia el poniente agoniza la última claridad, mientras del otro lado, el faro rasga la oscuridad como escribiendo con tinta roja.*

*¡Y Dios permite que yo esté presente ante su gesto!*

Cuando presentaste tu libro en el Centro Cultural él estaba entre el público. A la semana siguiente anunciaron su conferencia y te preparaste ansiosa de escucharlo. Pero tus amigos del fin de semana no se movían de la playa. Se negaban a sacrificar la emergencia temprana de aquella luna que prometía abrir una herida en el horizonte.

No acudiste. Te sorprendiste durante días, atravesada por el acero de una pena. Como si supieras...

*Camino por la orilla.*

*Las barcas empiezan a retornar con la gritería de los pescadores. La gente rodea una mesa improvisada, los niños sujetan sus tablas y retroceden.*

*Ese retorno suele ser espectacular. Seguramente lo has visto.*

*Me detengo brevemente y sigo andando. Aún me siento en falta. Debí haber estado en tu conferencia, ¡quería estar! Acaso nunca te dejé ver... lo que deseaba.*

Y fue llegando el frío. Todos emprendieron el retorno. También él, salvo cuando regresaba al balneario para visitar a su madre. Nunca supiste cuál era su casa.

También solías venir con tu familia. Pero el invierno ya no era tiempo de juegos ni de encuentros.

No volviste a verlo.

*En esos días tuve un sueño. Una pesadilla de la cual desperté disgustada. Me vi caminando sola y abstraída en la playa, arrastrando los pies al ras del agua y oteando las barcas que resplandecían.*

*Divisé más adelante, algo que se mecía cubierto por la espuma. Al aproximarme, quedé observando largo rato sin entender qué estaba viendo. Parecía... era... un lobo, un lobito... muerto, sí. Yacía en la orilla, bañado por el resto de piedad con que las olas lo acariciaban.*

*Mi cuerpo resintió el impacto. El desasosiego se agregó a la incredulidad, porque aún de cerca, con los brazos abiertos, la cabeza ladeada y los ojos cerrados, seguía pareciendo un bebé dormido. Lo miré varias veces para convencerme de que no era. NO... ¡no era! Estaba viendo algo que nunca llegaría a ser. Que no fue, que no habría de ser, nunca. La misma palabra se escabullía, se desintegraba en la espuma.*

*Todos mis muertos se agolparon detrás de mí. La opresión me estaba dejando sin aire. Cómo desprender la mirada, cómo desasirla antes que me arrastraran consigo.*

*Y desperté apretando la garganta.*

*Mi pensamiento repitió el de la pesadilla; “lo que no era, lo que nunca llegaría a ser”. Cerré los ojos. La figura de mi abuela Gine apareció vestida con su bata gris, glaseando zanahorias en su cacerola abollada. Sus labios repetían la frase de otras abuelas que advertían a sus nietas.*

*—Ciérrale los ojos a los muertos, ¡para que no te lleven!*

*Y la frase pareció tornasolar entre mis sienes como una brasa. Soltarme de los muertos, huir de aquella escena.*

*Apreté los ojos.*

El juego continuaba con ritmo, como si nada hubiera sucedido. Volviste a decirle que lo esperabas y esta vez pusiste un acento especial. Él pareció responder con una particular sonrisa. Prometía, como siempre, pero esta vez tú le creíste porque ese día el viento levantaba torbellinos.

Aun cuando tu libro contó con su presencia en la sala, no pareció merecerle, entonces, ningún comentario.

Pero tiempo después sucedió algo extraño. Tropezaste en la Universidad con alguien que, de pronto, te hizo saber que él te tenía en su horizonte.

—¿A mí? —preguntaste sintiendo el estómago.

—Sí, me hablaba mucho de tu libro.

—¿Mi libro?

—Sí, de tu libro *Hay un lobo muerto en mi orilla* —reafirmó ante tu rostro estupefacto.

Un brillo y un balbuceo precedieron lo que en voz alta empezaste a recordar.

—Él estuvo en la presentación. No sabía que lo había leído —con urgencia querías encontrar la pieza que faltaba.

Ella la ofreció.

—No, no lo había leído. Le obsesionaba el título, quedó *fijado* al nombre. Quería saber por qué se lo habrías puesto.

—¡El nombre! —murmuraste entonces y lo repetiste al alejarte por la vereda de la Universidad—, ¿cuál nombre?

Te confundías.

Sentir que los nombres se duplican provoca vértigo.

*Me confundía. Aquello caía sobre mí desde algún espacio ignorado. El lobo muerto... los nombres... mi informante y yo teníamos el mismo nombre.*

*Me confundía, la repetición detonaba dentro de mi cabeza. Sus esquirlas parecían atravesar un espejo turbio. Desde el otro lado, la otra yo me interrogaba, como si no fuera un azar. Me confundía.*

Y aquella frase te volvía como un revés, insistía.

—“Tan solo el nombre, el nombre”.

Pero ¿cuál, cuál nombre?

La muerte cabalga junto a los lobos. Entre sus patas el propio saber juega al escondite.

*Desapareces mientras camino por la orilla, te derramas junto a la espuma salada. Caminar por la senda de los muertos me hace encontrarte. Siempre en la orilla.*

*Entorno los ojos. Elijo verte correr, doblar el codo y precipitarte hacia la red... llegas tarde esta vez, la pelota parece trazar lentamente un match point por encima de ti, dejándote del otro lado.*

Sucedió de la peor manera. Él fue a buscarte un fin de semana de otoño, el que tú no quisiste ir; necesitabas distancia conyugal.





Era sábado por la mañana y le dijeron que no estabas. A la tarde regresó. Los caseros le repitieron que tú no habías ido ese fin de semana al balneario. Así malograste el encuentro que tanto habías deseado.

Pero él regresó al día siguiente. Te dijeron que parecía no entender que no irías. Le explicaron que te encontraría en la ciudad. Por fin desistió, sí, la ciudad, viajaría el martes.

Que allí ibas a estar, si tenía tu teléfono. Que sí, que iba a llamarte. Te lo contaron después.

Tanta desesperación suya debió turbarte. No era la visita que habías imaginado.

Tu pesadumbre habrá evocado el sueño del lobo muerto. Su insistencia te hizo esperar con ansiedad el llamado. No tenías su teléfono ni modo de llegar a él.

Tampoco llamó ese martes. Ni ese miércoles. Indagaste a quienes lo conocían y no supieron informarte. Las tareas te desbordaron y aunque el suceso te inquietaba, dejaste de esperar.

*Era otro revés que no prometía el score entusiasta del inicio. Tu figura luminosa se había tornado cetrina. ¿Nunca quise saber quién eras?! Miraba con fascinación tus puntos resplandecientes cuando desde el origen se había gestado el agujero negro, insospechado. Imposible de detectar en medio de tu luminosidad.*

*Nos hiciste creer que tenías el don de hacer amigos, cuando en realidad eran actos de prestidigitador.*

*Apareciste esa mañana, como alucinado, ¿en busca de un milagro? Y si me hubieras encontrado, si hubiéramos hablado, si de todos modos hubiéramos... No, creo que habría sido más insoportable aún para mí.*

*Tuve que convencerme de que nada había tenido lugar. Tuve que decirme muchas veces que no sabía nada de ti, que no había querido saber. Y que por más que desesperara, no podía*



*dar marcha atrás para volver al fin de semana aquel y hacerme presente en mi casa.*

*Todo había sido una equívoca ilusión. ¿Tal vez había sido mi propio imaginario golpeado de revés? ¡Una mala jugada, sin duda!*

Pocos días después alguien vertió los hechos, los dio vuelta como quien derrama bruscamente agua hirviendo. Nunca más lograste recordar quién.

Aquel martes al mediodía, apenas llegó a la ciudad, el que nunca fue tu amigo, interlocutor ni amante, fijó un aviso en la puerta de su apartamento: “No entren”

Nunca sabrás a quién pretendía proteger. Nunca sabrás si fue su último pedido de ayuda. Cuando por fin lo encontraron, el profesor de filosofía, tu amigo, tu interlocutor, tu amante, yacía en el suelo como un títere desarticulado junto al horno de gas.

Ya estaba enterrado cuando lo supiste.

*Vuelvo a caminar por la orilla en un mundo extraño y despojado. Las barcas han arribado no hace mucho. Miro hacia allí. Los pescadores han improvisado un mostrador que desborda. Algunas cabezas decapitadas quedan dispersas en la arena de la orilla. El corte seco del machete rivaliza con el grave rumor del agua. Y los restos se escabullen, se desintegran en el hervor de la espuma.*

## ¡POR HABER NACIDO TAN POBRE!

a Diego

—El suyo está pronto, puede llevárselo. Le cambié las pastillas de freno. Hoy parece ser el día de los frenos. Esta también me la dejaron para revisarlos porque se le prende la lamparita. ¡Mire qué máquina! ¡Imagínese!, qué otra cosa puede tener un deportivo como éste. Me lo vienen a buscar dentro de tres horas, ¡lástima!, le juro que me arrodillaría y le pediría al hombre ¡jefe, déjeme la *coupecita* un par de días más! A uno le levanta el ánimo tenerla en el taller... es como un día de fiesta, como si a uno le hicieran el honor. Me hace acordar a cuando eligieron a mi amigo Cítera de abanderado, cómo le brillaban los ojos mientras sostenía la bandera. Yo también me sentía orgulloso porque él era mi amigo, era buen compañero. A mí, también me hubiera gustado ser abanderado. Pero qué le va a hacer, yo tenía que ayudar en mi casa. Cítera no trabajaba, tenía un padre abogado que le explicaba todo ¡ntzntz! Así cualquiera. A mí nadie me la hacía fácil. Y me costaban las cuentas. Yo lloraba porque no me salían y Cítera... él, todo lo hacía bien... me emociono, vio. ¡Ntz! Bueno, cuando el hombre me dejó la *coupecita*, le vi la cara y me di cuenta... que le daba ¡una pena! Yo lo entiendo, dejar un cochazo así... él me lo dijo, era la primera vez que se separaba de la máquina desde que la compró. Antes de irse le echó un vistazo, le dio unas palmaditas acá y me miró como pidiéndome que se la vigilase. Vaya tranquilo jefe, le dije de alma, ¡cuenta conmigo! Yo mismo me quedé mirando la *coupé*... cómo no se la voy a cuidar, con lo sensible que soy, no podía creer que alguna vez en mi vida iba a tener

una cosa así en mi tallercito. Es que el hombre es cliente de hace años, me tiene confianza, siempre le he atendido los autos, desde que tenía la Bemba 320. Igual que a usted, ¿vio? A usted antes que a él, con el Austin A40 grisito, ¡si me acordaré! Usted conoce de mecánica, qué le puedo decir de esta, seguro que ya la vio, tiene lo último de lo último en tecnología, le juro, da para quedarse a mirar. El motor es bi-turbo a inyección, 8 cilindros y 320 caballos. Tiene movimiento de dirección en las 4 ruedas, caja de cambios manuales y automáticos secuenciales, frenos ABS, 4 airbag 4, ¿vio?, un auténtico *roadster*... Ay, perdone jefe, lo que pasa es que me entusiasmo, ¿vio?

Pero veo que también le gusta. Diría que le vienen ganas de dar una vuelta, vaya, disfrútelo. No voy a bocinar...

¿Yo? No, nunca, eso no es para mí... me gustaría, sí, ganas no me faltan, pero... si lo llegara a... no, ni pensarlo. Sería la mayor desgracia de mi vida porque él no me lo perdonaría. Ya nací pobre... ¡carajo!... esas no son cosas para mí. Pero usted sí, vaya, tiene toda mi confianza, ¡¡¡no la va a rayar!!! Lo que no puedo es dejarla en la calle, por la envidia, ¿vio?, la ven, para peor es roja, la ven de lejos, se le acercan y ya les viene ganas de rayarla. ¡Me da una bronca! La gente es mala. Por suerte a mí me respetan y uno nunca sabe las tentaciones que andan sueltas... No se puede ir por ahí a lo Supermán haciendo justicia sin mirar a quién, porque seguro que se le vuelve en contra. Y si le va con el cuento a los milicos, cuídese de ellos que son peores, prefiero a los malandras del barrio, le juro. Porque hay malandras y malandras, ¿vio? Algunos son amigos, no todos. A veces, me traen algún auto para desguasar, porque hay piezas que... también me piden que los conecte con Paraguay, y si puedo hacerles el favor..., pero no me meto con ellos y ellos no se meten conmigo. Me tientan... pero no quiero. Seré pobre, pero la honradez para mí es... se la debo a mi

viejo, vio, él también era pobre pero honrado. Y de eso uno está muy orgulloso.

...la veo y no lo puedo creer, qué máquina. Me gustan así, bajitas, de dos puertas, abierta y sin techo duro, apenas una lonita que se levanta cuando usted le toca la palanca... ¡¡¡no!!! No es lona, es cuero, ¡mire que soy bruto! ¿Vio cómo se levanta?, con ese movimiento suave, distinguido. Se alza despacito hasta que hace *click* y ahí se queda, estirada, como esperando que caiga toda la lluvia. Con el techo cerrado queda tan cerquita de uno que dan ganas de acariciar el cuero; de sentirle el olorcito a nuevo, como estrenarlo cada vez que uno entra. Mire los asientos, ¡ntzzz! Y los asientos, míirelos, cómo combinan con el cuero del techo, ese color madera clarita, tan cálida, le da... ¿vio?, queda como calentita. Fíjese la curva del parabrisas, qué diseño ¡y en rojo!, para mí, los descapotables rojo sangre son favoritos, le juro que los veo y se me eriza todo... ¡la gran puta, nunca voy a tener un auto así! ¡Ah!, disculpe...

Cuando el dueño se fue también le di unas palmaditas al guardabarros, como él, no sé para qué, ¿vio?, no sé, para hacerme amigo, para que reconociera un gesto fraterno, qué sé yo, para poder acercarme ¡tener algo en común con el dueño! La acaricé despacito. Suave, para que no se me pusiera arisca. No, no piense que me creo lo de las propagandas. Esto es otra cosa. Es otro tipo de querencia. Es algo que a uno le hace temblar las rodillas y lo deja hipnotizado; es como ver que un pedazo de uno mismo está... fuera de uno. No sé si me sigue, maestro, porque a mí se me aflojan los tornillos. Fue... fue verla y... quedé duro. Está ahí afuera de mí y es tan raro, parece que la reconozco, como que es de uno. Y trato de recordar cómo, cuándo, esta *coupecita* fue mía. Y no sé qué hacer para que vuelva a mis... tripas, porque si era mía... es

que de golpe le da sentido a la vida, de golpe la necesito para ser feliz. Me acerqué despacito para que no volviera a desaparecer, tocala, me dije, pero sin espantarla. Ella se queda quieta, uno no sabe si le gusta, pero uno la palpa ¿vivo? Yo sé que es ajena y uno también es extraño para ella... no todo el mundo lo entiende. Es como que usted escuchase una música, un tango digamos y todo se vuelve baile. Pero hay que armonizar, hay que ir viendo si tenemos el mismo ritmo, si ella se deja llevar por mí, si me corresponde. Y uno sueña y sueña hasta que despierta y se siente estúpido. No digo que da para morir de vergüenza, porque nadie se dio cuenta... pero uno sabe. Y también sabe que nunca la va a tener, ni la va a manejar, que el hijo de puta del destino se la va a llevar. Así es de triste, jefe. No sabe cómo duele. Bueno... apenas la lleven voy a meterle mano a la Chevrolet que está gastando aceite y largando humo. También es linda a su estilo y me va a consolar. Usted debe reírse con las cosas que le digo. Pero se las digo porque siendo doctor, me parece que entiende.

¿No quiere manejarla? Alrededor de la manzana está bueno andar.

Espere que agarre el trapo y me seque bien las manos por las dudas. Yo vivo entre cachilas que no quieren arrancar, pero las hago arrancar; baterías que conmigo cargan; alternadores que no funcionan, pero yo funciono y ninguna transmisión se me resiste. Disculpe la falta de humildad, pero yo sé bien dónde y cómo meter mano. Ahí tengo dos citronetas pa cambio de aros, no dan más los motores ¡já! pero conmigo, usted va a ver.

Me gusta tocarla, mire. Hace un rato, antes que usted llegara, pasé la mano por la carrocería, acaricié el guardabarros con esas curvas... los focos que se cierran como si te hicieran una caída de ojos. Apreté el respaldo de cuero beige del asiento varias veces, lo apreté porque a uno le vienen esas ganas cuan-

do el cuero cede y usted siente que... ¡que se deja! Le pasé el brazo por los hombros, así, ¿ve? Fue lo que estaba haciendo cuando usted entró. Le abrí la puerta, forrada por dentro. Mire ese bolsillo largo con firuletes, yo tengo una chamarra igual, pero con flecos y ordinaria, claro. El asiento es ancho y regalón... como los sillones de mi tía Lidia. La vieja nos alimentaba los domingos porque era rica... no siempre, porque mi padre era muy orgulloso y lo humillaba que su hermana mujer le diera dinero. Pero él como chofer de flete... Ah, estaba diciendo del asiento, le voy a decir que dudé un poco, pero al fin me animé y me metí adentro. Mire el tablero encendido... el velocímetro marca 300, es un avión, qué le parece. Igual, si lo aprieta a 250 en este país es para quedar colgado de alguna columna en medio de la carretera o llevarse alguno puesto.

Me di cuenta dónde localizar los mandos, ¿ve? Me quedé, le confieso, orgulloso de mí, porque no soy tan ignorante. Aprovecho a decírselo a usted, doctor, porque a la patrona no le importa, la doña no entiende, no quiere mirarlo, se aburre si se lo muestro. Se aburre si le hablo de ella. Usted mira el volante de madera, pequeño y ovalado, ¡ondulante! y aquí mismo prende la radio, cambia los compactos y hasta habla por teléfono con manos libres, le dicen, ¿no? Se la voy a prender para que escuche el sonido, no se puede creer... Uno se confunde, no sabe de dónde viene la voz, parece que la lleva puesta en la cabeza.

Antes que usted llegara yo había agarrado la ruta y le daba y le daba acelerador. Apretaba los pedales y la hacía rugir despacito... le seguí dando... me agarré fuerte del volante, cruzo un puente, me inclino en las curvas... otro arroyo... el viento en la cara y la música... que envuelve todo, que está en todas partes, ¿la escuchás?... acelero y voy y doblo en otro puente y viene otra curva, ¿la ves?, hay más autos y yo los adelanto, a todos... mirá

viejo, ¡mirame!... es tu hijo el que maneja la cucaracha, viejo, esta vez me gano la bandera... ¿me ves?... ¿me escuchás, viejo?

Déjeme prender otra vez el motor. Escuche, escuche, qué andar más suave... a mí, a mí, es como si se me quemara el *relais*... tanto que le juro, hay momentos... que me dan ganas de llorar... ¡por haber nacido tan pobre!



## INSTRUCCIONES PARA LLEGAR AL MI

*a Silvio y Amelia*

Cierro los ojos y la veo.

Es una altura estrecha, un risco rodeado de vegetación, mezcla del gris de la piedra y del verde de las hojas. Algún ocre lo matiza y de vez en cuando un marrón oscuro tiende al rojo. Es de tierra, supongo. Tal vez de hojas secas, que no alcanzo a ver.

Estoy subiendo y no tengo cuerpo: no lo veo o no lo siento, o no es con el cuerpo que subo. Pero me elevo; no sin esfuerzo. Las paredes son muy estrechas. Asciendo con celeridad tal que veo pasar la vegetación a mi lado. Con nada tropiezo, nada me roza. Tampoco siento la dureza de la pared de roca, gris. La veo pasar. ¿La veo? Sí, entonces ¡tengo ojos! Sólo ojos, ¡qué extraño! ¿Me elevo con los ojos? Tal vez por eso el vértigo.

Sin embargo ha pasado un tiempo suficiente y mantengo la sensación de no estar llegando a la cima. Y no sé cuál es, qué debo encontrar. Cómo sabré que he llegado.

Se me ocurre que alcanzar la cima es embriagarme en un mar de aire. Libarlo. Impregnarme. Y luego... ¿soltarlo? ¿Soltar todo lo que se ha acumulado en la ascensión? Un torrente resbala y reverbera en mi cabeza como un torbellino, estalla en mis sienes y el gozo me turba precisamente en la hora en que mi ser desmaya. Un sonido de fiebre, áureo, fluye bajo los carpelos de mi cerebro. Cuando halla la salida, irrumpe. Vibra. Y canta.

Sé que es intransferible. No se puede compartir. Tal vez alguien pueda capturar algún fragmento de esta imagen y traducirla en vibración. Pero ha de comprender que nunca será igual ese trayecto de llegar al mi.



No es fácil. Hubo bastantes intentos. Aún los hay. Cada vez. Si alguien desea intentarlo diré que la fuerza lo obtura. Cuanto menos ponga el cuerpo en juego, más cuerpo se llevará ese mi, más rápido llegará.

Es una combinación de sensaciones. Pura. Un delirio mental. Es la forma que genera una total abstracción. Surgen imágenes donde no hay nada. Se percibe altura donde hay otra cosa. No sabría explicarlo mejor.

Es dejarlo resonar...



## EL PISO 23

Ayer salía de mi casa con mi *fusquito* trasnochado medio engripado me parece que ya no quiere más te juro digamos que carraspeaba el pobre escarabajo la verdad es que él me lleva como nadie y no debería quejarme que si me oye se enoja y no me anda más pasaba que mi hija Alicia la mayor se sintió mal vaya a saber qué porquerías comió la noche anterior cuando salieron con Bruno y unos amigos de farra a una despedida creo y tenía que ir a recoger unos documentos en facultad de noséqué y ahí me presenté yo triunfante a hacerme cargo de la gordita angelito que es un tesoro te juro adoro esos cachetitos que te dan ganas de comértelos pero también te digo que me deja en un estado de agotamiento quedo de cama yo cuando llego a casa sólo quiero acostarme darme un buen baño y tenderme a descansar cuan larga soy yo la adoro pobrecita pero ya no estoy para esos trotes no te digo que se me ocurrió que podía no ir después de lo que ella me dijo el otro día justo a mí va a decirme que no me lo merezco para nada me dijo que *yo no era la madre 10 puntos que creo ser ¡que nunca lo había sido!* Nunca me voy a olvidar de eso te lo juro me dejó deshecha tú sabes muy bien qué impacto me produjo un *shock* me cambió me sacudió toda la vida convencida yo que les había dedicado mis años a ella y al hermano que te digan una cosa así no hay derecho porque yo vivía para ellos a pesar de aquella vida horrorosa de mi primer matrimonio con aquella suegra bruja que entraba a *mi* casa y se llevaba *mis* cosas te das cuenta las sacaba de los roperos cuando se le ocurría y decía que eran tuyas porque siendo su casa tenía derecho a llevarse lo que quisiera aquella máquina antigua amorosa de plata que me

regalaron mis padres cuando me casé esa pieza que yo soñaba tener en mi casa hoy te puedo decir que no sé para qué quería aquella cosa absurda un adorno inútil en una estancia en medio del campo Yo no tenía mucha idea una amiga que se casó antes que yo y también se iba a vivir al campo cuando le preguntaron qué quería de regalo dijo un equipo de radio yo pensé para qué pide algo tan material podía haber imaginado algo más quéésyo romántico después aquella casa siniestra empezó a enloquecerme me desesperaba andar como diez kilómetros para encontrar un teléfono y hablar sin que la bruja me escuchara qué soledad dios mío Ángel nunca se daba por enterado de nada era yo la que le abría los ojos yo que era una buenasnoches que fuera 10 puntos no quiere decir que no era también buenasnoches le decía a él qué contestarle a aquella bruja pero claro era la madre el pobre nunca pudo con ella diez años vivimos así aún no puedo explicarme cómo pude resistir tanto debo tener más fuerzas de lo que creo pensar que yo era una muñequita de porcelana que se casó a los 18 años sin la menor idea me enamoré de Ángel o de lo que yo creí que era me traía flores me parecía romántico era tan delicado tan caballero me adoraba el príncipe que me iba a llevar al castillo soñado el 10 puntos ay mi dios es cierto que nunca me faltó nada pero él trabajaba para la madre atendiéndole el campo a la monstrea aquélla como ves tuve que enfrentar a esa vieja arpía cuando todavía no había salido del cascarón me acuerdo de unas sábanas que se me llevó un día unas que yo adoraba y que habíamos traído de nuestra luna de miel eran divinas con rayitas de colores tan suavécitas me dio el ataque y lloraba como loca le contaba a él lo que me hacía la madre y el pobre no sabía qué hacer santo ángel me da no sé qué pobre haberlo dejado sólo con aquella crápula porque yo me fui de aquel horror me fui por fin ah me fui bien que las pagó ella también no es lindo que

un hijo se te suicide debe ser lo peor que le pueda pasar a una madre dios me libre pobre angelito el día que nos enteramos yo no sabía cómo decírselo a los chicos ellos fueron al velorio solos era lo que correspondía claro era su padre y me guste o no es la abuela de ellos que dicho sea de paso nunca se ocupó de los chicos nunca les preguntó si necesitaban algo ella que está llena de plata no pensará que la van a enterrar con todo pero yo nunca les hablé mal de la abuela ni del padre por suerte llegó Santiago y me hizo volver a creer que algo de la felicidad era posible para mí era un hombre maduro tan amoroso tan protector él sí era 10 puntos se desvivía por mí él fue el verdadero padre para mis hijos no sé qué hubiera sido mi vida sin él primera vez que sentí que tenía un hogar un hombre que cuidaba de mí se ocupaba de su trabajo con toda sus ganas porque le gustaba era una vocación terrible nada que ver con Ángel que no sabía ni dónde estaba parado a tal punto que lo encontré un día en ajetreos sospechosos con un criadito que había en la casa un chiquilín de doce años qué te voy a contar te podés imaginar creí que me moría en ese momento entré al despacho lo vi allí qué escena más deplorable era un desgraciado en aquel momento le hice un escándalo pero en realidad hoy me da lástima era una escena patética pobre con la cantidad de traumas que debía ir arrastrando ese muchacho ya no me afecta tanto recordar aquella época mis padres divinos no podían aceptar siquiera la idea una vez que fueron a visitarme les dije y pusieron aquella cara y dijeron muy ceremoniosos que jamás una *Hernani Shelling* pasaría por el bochorno de un divorcio me impresionó tanto que me quedé allí cinco años más hasta que ya no aguanté de verdad no aguanté y no me importó ser una *Hernani Shelling* ni pasar por el bochorno de un divorcio ni por el disgusto de mi padre no me importó nada y me les aparecí en casa con mis hijos pasara lo que pasara viejitos yo

allí no vuelvo más entonces mi padre me dijo bueno hijita no sabía que era para tanto ah sí allí empecé de nuevo mi vida me fue muy duro me alquilé un apartamentucho con los niños no quería volver a casa de mis padres nunca había trabajado no sabía ni qué iba a hacer ni para qué iba a servir me sorprendí cuando empecé a salir adelante ahí apareció Santiago muy serio y galante solterón empedernido que no sé ni cómo nos casamos onda gitano que no tiene puerto fijo toda la vida yendo de un lado a otro siempre en el limbo las cosas prácticas las llevaba yo imagínate él era tan confiado que así lo embromó un amigo el amigo 10 puntos que él más quería yo le decía que veía cosas raras en ciertas actitudes del famoso amigo pero él se ponía furioso se sentía agraviado porque yo le cuestionaba aquella maravilla de amistad que tenía al final tuvimos que hipotecar la casa y venderla fue cuando me vine totalmente abajo y se me vino abajo él también estaba tan deprimida que no me podía levantar de la cama estuve tomando pastillas anti-depresivos y anti-queseyó hasta que dije basta yo no puedo vivir de esta manera y me hice un tratamiento de psicoterapia o psicoanálisis o algo así no soportaba a Santiago quería separarme de él me había obsesionado lo odiaba quería matarlo me había dejado sin casa tú sabes bien lo que es una casa para mí era *mi casa* la primera que yo podía llamar *mi* hogar empecé a buscar cómo arreglármelas empezamos a repuntar un poco y empecé a tomar algún curso porque los chicos ya se arreglaban solos y como había dejado de ser la madre 10 puntos había que buscar otra ocupación había que bancarse no ser la madre 10 puntos no fue nada fácil ay después se me fue mi padre pobrecito adorado y la vieja se me vino abajo ahora voy a tomar el té con ella la traigo a casa a veces pero ya no me ocupo solo yo como antes estoy dejando a mis hermanos que se hagan un poquito cargo porque todo yo adoro a mi madre pero también tengo

mis cosas mis cursos los chicos ahora los nietos estoy muy ocupada no te conté que somos como dos gotas de agua con Marita mi nuera Marita que cada vez que se pelea con mi hijo le doy la razón porque no quiero ser la suegra bruja que tuve quiero ser la suegra 10 puntos que te juro que soy pero además tú sabes los hombres son egoístas y él siempre concentrado en su trabajo como si eso fuera lo único importante yo le digo mira m'hijo que una mujer necesita que su marido esté presente la acompañe la proteja mirá que un día se te va a ir vos viste lo que pasó con tu padre no se te ocurra hacer lo mismo pero yo sé que para nada él es igual al padre que más bien sale a mí es cariñoso y servicial como siempre quise que fuera y le enseñé muy bien para que no le resulte un machista insoportable a la mujer y te digo que si algún problemita surge lo hablamos con buen humor y no resulta ninguna tragedia me divierto un poco con mi nuera y le cuento las historias de terror que yo vivía en el castillo y como ella se ríe entonces me presta al niño cuando se lo pido lo llevo un ratito al parque a comer una hamburguesa en Mac Donald mira tú si mis hijos iban a saber qué era eso en aquel campo solitario lleno de vacas donde vivíamos sin ningún alma humana en kilómetros a la redonda nos acercábamos al pueblo cuando la escuela hacía la fiesta de fin de curso pero tampoco siempre porque en verano yo trataba de fugarme con los chicos a Punta a la casita de mis padres pero la vieja bruja encontraba siempre motivos para hacerlo quedar en el campo y te decía que siempre termino en Mac Donald porque mi nieto tan pícaro con esa carita que tiene llena de pecas nunca se olvida de recordarme que ese es el objetivo final de nuestro paseo abu me llama cuando me mimosea vas a llevarme a comer hamburguesa con cocacola me lo pregunta siempre como si fuera la primera vez que me lo pide y pone esa carita de pobrecito que nunca come hamburguesas yo ni las

puedo tragar te juro pero igual lo llevo me tuve que acostumbrar porque ya vi que no le hacía gracia que lo llevara a tomar el té con mis amigas aunque Jackie lleve también su nietita para jugar con el mío ahora me estoy ocupando también de la hija de Santiago que se va a casar que la madre nunca fue madre esa ni siquiera es 2 puntos y ella solita me pidió a mí fijate me pide a mí que le dé una mano pobre a mí me gusta ayudarla a elegir la ropa el apartamento los muebles Santiago queda contento y ella por fin entendió luego de años de llevarnos a los tirores que las veces que yo le había puesto límites por algo era y mira que hubo épocas que yo la hubiera asesinado sin culpa cuando le decía que no podía esperar mucho de mí que si la propia madre no la tenía en su casa bastante hacía yo con tenerla en la mía bueno pobre después tuvimos oportunidad de conversar y ella me decía ay Dinorah qué hubiera sido de mí sin ti y yo le decía bueno querida seguramente te hubiera apoyado más tu padre que me dejaba hacer todo a mí porque él nunca se daba cuenta de nada yo le dije eso pobre para dejarla contenta o tu propia madre también le dije aunque sé muy bien que esa no sirvió ni va a servir nunca de nada más bien siempre la está preocupando bueno qué sé yo ella me decía que cómo iba a agradecerme y yo le dije que mi máximo placer va a ser que tu padre y yo te veamos contenta bien casada con tu marido juntos dios mío porque hubo una época que no quería casarse traía a casa esos barbudos sucios que yo ni quería ver y que nunca supe si eran del Rock o del Partido pero no le decía nada porque hubiera sido peor así que yo calladita me decía para mí misma ay dios mío qué va a resultar de todo esto por suerte las cosas se van acomodando el novio es ingeniero de sistemas o algo así pero va a hacer su vida y Santiago y yo vamos a poder estar más tiempo juntos cuando voy a Punta le acomodo un poco el apartamento y él se pone furioso porque le



muevo el desorden que tiene que es su orden ya sé pero le dije cuando me vaya a vivir contigo ni te pienses que vas a dejar todo tirado y yo voy a ir atrás tuyo guardándolo todo ni tampoco te voy a hacer comiditas ni estar esperándote horas que vuelvas de tus correrías y bueno ahí peleamos un poco la verdad es que finalmente hace años que vive solo allá en Punta y yo ni sé cómo se las arregla en eso él es 10 puntos te juro pero él insiste que allá tiene su trabajo y sus amigos y yo lo vengo a fastidiar bueno será como será pero aquí estoy yo y existo y habrá que cambiar cosas para que los dos estemos cómodos y al final salió a comprar un pollito y me sirvió un whisky y ahí andamos viendo cómo logramos un equilibrio que gracias a la terapia me di cuenta cuánto exigía yo de él y que no era 10 puntos como siempre ando buscando y que si yo quería algunas cosas mejor me las buscaba solita que manca no soy y capacidad para hacerlo tengo el otro día miraba por el ventanal aquel mar desde allá arriba a lo ancho y a lo largo se ve tan precioso me encanta esa vista estaba sola y me acordaba cuando vivía en el campo cuánto soñaba tener un apartamento en un edificio así con esa misma vista sí y ahora que lo tengo no sé parece que no me va demasiado la vida en eso te confieso que a veces creo que preferiría una casa con jardincito no muy grande eso sí porque da mucho trabajo pero una casita que pudiera decorar no sé cómo pienso eso justo cuando estoy a punto de ir a vivir a ese lugar maravilloso es que una nunca está conforme tal vez porque me sentí sola en aquel enorme espacio esperando que Santiago llegara y pensaba que quería disfrutar con amigos riendo y escuchando música como los del piso 23 que los oigo siempre de gran algarabía tan unidos viviendo todos alegres cantando tocando la guitarra esos sí que son 10 puntos tal vez me sentí un poco sola sí en Punta acostumbrada a que se junte toda la prole en Montevideo los chicos

los nietos los amigos de los chicos el bochinche los gritos la comida todo ese entrevero que me agota... pero... qué estoy diciendo no lo puedo creer... dije los del piso 23... a esta altura ya no sé de qué estoy hablando... que locura la mía... dije los del piso 23... te juro me quedo muda... es desopilante que haya dicho piso 23... porque no sé si tú sabes... mi apartamentito está en el piso 19... yo vivo en un *penthouse*... ¡amoroso!

## JUST DO IT

1.

Rolliza, de estatura media. ¡Gorda, bah! Cabello muy rizado. Con motas. Parda, además. Su cara redonda regalaba contento y se ofrecía muy complacida. No, complaciente. Su rostro dibujaba una espléndida sonrisa en el preciso momento en que aplastaba el mío, dejándole una huella húmeda.

—¡Hola, amor! —dijo, haciendo su entrada triunfal con un dejo de asma.

Hube de retroceder, alejarme un poco y tomar distancia para contemplarla. Para respirar, también.

—¡Bueno! —estiró la pollera varias veces mientras tomaba asiento donde le había indicado— ¿Qué puedo hacer por usted, amor?

Me dijo su nombre: Carmen.

Le pedí que cuidara de mi casa algún fin de semana.

—¿Y el sueldo? —preguntó con cara de ternura y luego agregó— Ah..., me parece poco.

—Pero no es sueldo, Carmen, es una changa de fin de semana.

—Ah..., pero no sé cocinar.

(Como era evidente que alimento no le faltaba, sonreí con amor.)

—... Supongo que aprendería si fuese necesario, ¿verdad? Pero en realidad lo que más me importa es que cuide la casa.

—Ah..., no sé si mi esposo vendría a acompañarme.

—Depende de usted, Carmen, le respondí.

—De todos modos le preguntaría —dijo ella preocupada— porque él es muy buena gente. Un día se lo voy a presentar. Un hombre tan educado... viera usted qué bien habla.

—Bueno, Carmen, entonces ¿cuento con usted?

Logré evitar las fotos que empezaban a salir de su cartera, prometiéndole verlas en otro momento porque me reclamaba el trabajo. Que la otra señora, Gladys, le mostraría dónde y cómo funcionaba la casa, las luces, el teléfono... Que la dejaba en buenas manos y que luego nos veíamos. Las presenté, entorné mi puerta y me dispuse a trabajar.

A los diez minutos estaba de vuelta en mi estudio.

—¡Ay, qué linda casa tiene, amor! Yo tengo un jardín más modesto; ¿usted sabe que yo cultivo dalias? Viera qué lindas las tengo, le voy a traer la próxima vez. Ya va a ver *quépreciosas* y *quécolóres*. Hay que regarlas cuando la temperatura...

—Carmen, Carmen después hablamos, no puedo ahora, estoy terminando un trabajo.

—¡Ay!, perdone amor, no la molesto más.

No. No me inspiró ninguna seguridad como guardiana. Tampoco captaba demasiado... ¡Bah, no entendía nada! Gladys hacía señas de que la tarea de instruir a Carmen le estaba resultando asaz engorrosa.

Como un latoso San Bernardo, a cada instante escapaba de Gladys para lanzarse donde yo estaba. Sí, para eso se las ingeniaba usando su propio estilo; alguna frase ligada con algún tema trivial. Un ladrido atronador *¡lleno de amor!* A pesar de fastidiarme, reconozco que me enterneció un poco.

No parecía darse cuenta que andar detrás de mí no solo no me complacía, en realidad me provocaba el efecto contrario.

Decidió que se quedaría. Dejaba a la vista que lo haría, no por amor al trabajo. Solo por *amor a mí*.

Anduvo todo ese día dando vueltas, incursionando en mi estudio cuando la cercanía le daba oportunidad.

—¿No le molesta que le diga “amor”, señora?

—¡Nooo Carmen, me encanta que alguien me diga “amor”

todo el día! Y volvía satisfecha a repasar sus instrucciones.

—¿Necesita algo, señora?

—No, gracias, Carmen, si necesito algo se lo voy a pedir...

—¡Qué amorosa es! —la oigo decir mientras se aleja por enésima vez.

En más de una oportunidad repitió que se sentía “tan a gusto”, “tan bien tratada”, “tanto me quería... ¡que vendría siempre!”

Ay, si el amor fuera así... tan fácil de obtener... tan maravilloso en promesas... tan manejable en sus excesos...

Estaba totalmente dispuesta a quedarse todo el verano si yo la necesitaba. Apostaba a que el esposo vendría con ella. Se lo preguntó.

—¿Y usted sabe qué me respondió él? “Amor, tú sabes que yo no voy a dejar las cosas del Señor...”

A punto de inquirir acerca del “Señor”, algo me detuvo. Confieso que no solía escuchar demasiado las peroratas de Carmen, pero recordé justo a tiempo que ambos eran evangélicos. ¿Evangelistas? No. Evangélicos.

—Amor, ¿puedo llamar a mi esposo por teléfono?

—Amor, ¿necesita algo, un tecito, un cafecito...?

—¿Cómo está amor, está leyendo...?

Tanta devoción seguramente le haría ganar el cielo, pero no era suficiente para legitimar un buen lugar en *mi* tierra.

Y aquel fin de semana —yo no lo hubiera jurado— apareció. Sonriente, servicial, para hacerse cargo ella sola y su alma, de mi casa.

Antes de salir, seguía incansable detrás de mí, multiplicando preguntas inútiles, que con bastante inquietud yo le regresaba.

—A ver, Carmen... qué le parece... ¿cómo haría Ud.?

Cuando por fin nos dispusimos a salir ya de tardecita, la miro seriamente tratando de evaluar la garantía de seguridad que me ofrecía.

—¿Qué hago amor, tranco todo?

—Ay, Carmen... ¡si para eso está usted acá! Una pregunta como esa, no me deja nada tranquila... qué me pregunta, Carmen, ¿usted dejaría acaso todo abierto?

—¿Cómo dice?

Su mano hacía campana al costado de su oreja izquierda y me hacía repetir lo que había dicho.

—No, no, claro. Vaya tranquila...

Y por fin nos fuimos. Sin hacerme cruces, me escuché murmurar algo sorprendente; *que el señor se apiade de nosotros*. Debía ser influencia suya.

La salida fue un rotundo fracaso. Una enfurecida riña en medio de la carretera me hizo saltar del auto, cerrando la puerta a los golpes para salir lo antes posible de aquella escena. Rabiosa esperé en la ruta largo tiempo, repitiendo para mí las inaceptables frases que tuve que escuchar, para ir luego rebotando de ómnibus en ómnibus, empujándome entre la gente y mi desazón. Luego, tampoco aparecía algún taxi que recogiera mis pedazos y me regresara a mi casa. No recuerdo cómo, entrada ya la noche, logré verme delante de mi puerta.

Pero había sido la primera vez que definitivamente lograba enfrentarlo. Y bajé del auto, en el primer peaje, dando aquel doloroso portazo. Su violencia verbal, demasiado ostensible esta vez, adquiriría ya un carácter de impunidad. Allí se había terminado mi matrimonio. Pero yo aún no lo sabía.

2

Carmen había trancado todo. Todo. Tanto había cerrado, que yo no encontraba un resquicio para entrar. Hube de aporrear puertas, portones y ventanas durante largo rato, mientras crecía mi desaliento.

No era mi día.

Aún debía averiguar si el sueño de Carmen extendería mi faena hasta la madrugada. Pero al fin despertó y abrió la puerta. Me dijo con gesto de complicidad que había escuchado el timbre y los golpes, pero se había quedado quietecita porque si alguien intentaba entrar, ¡no se lo iba a hacer tan fácil! Había dado por sentado que quien golpeaba optaría por irse, sin más. Tragué saliva.

—Pero ¿qué le pasó? —me pregunta de veras sorprendida. Al menos se da cuenta que mi intempestivo retorno no era lo esperado.

—Me peleé con mi marido, me bajé en medio de la carretera y me volví en ómnibus —dije, descargando la bronca que traía; dije, haciendo público mi disgusto; dije brevemente, para no ahondar en detalles.

—¡Aaah, sssí! —exclamó asintiendo con un movimiento amplio, sacudiendo su rostro carnoso de arriba a abajo. Parecía llena de convicción y de comprensión al agregar— ¡Yo hago lo mismo!

No era momento para desplegar nuevas interrogantes, de modo que entré, me cambié, volví a salir, gasté el furor que se mantenía pegado a mi piel hasta sentirme agotada y volví para acostarme.

A la mañana siguiente cuando desperté y repasé lo acontecido, aquella frase se me impuso con fuerza.

—Yo hago lo mismo —había dicho Carmen, como si eso formara parte de sus hábitos cotidianos.

Cuando me acercó el mate la miré con cierta curiosidad. Le pedí que especificara qué había querido decir la noche anterior con “yo hago lo mismo”.

Y esta vez, sí, entregué mi unánime atención al relato que en pocos minutos Carmen me hizo de su vida.

—Mi padre me golpeaba cuando le disgustaba cómo limpiaba la casa. Mire que eso no dependía de la limpieza, porque mi casa siempre estaba reluciente. Tenía que ver con él, que a él le gustara. O no. Y eso dependía de la cantidad de alcohol que hubiese tomado, y otras cosas también; por ejemplo, del trabajo que había tenido ese día o la falta de trabajo. Me pegaba por mucho o me pegaba por poco. Me pegaba siempre. ¿Por qué se la agarraba conmigo, si había más hermanos en la vuelta, de todas las edades, además? Eran mis privilegios, como usted ve. La palma abierta de mi padre se descargaba sobre mi oreja izquierda.

—¡Ah! —comprendí de pronto. Puse mi mano de campana en mi propia oreja— ¿Por eso usted no oye bien, Carmen?

—Y sí, creo que me golpeó tanto que quedé un poco sorda de este oído, porque no escucho gran cosa.

Hizo una pausa casi reflexiva y continuó.

—No era malo, era muy trabajador cuando de verdad se proponía. Pero era un *brasileiro* bruto y nos hacía sufrir. En especial a mamá. ¡Qué sinvergüenza que era! Andaba con mujeres, volvía de noche tarde y borracho. Algo siempre le caía mal y terminaba castigando a mi madre. Y se iba. Nos dejaba sin un peso. A veces pasábamos dos o tres días sin comer. Pero nadie se atrevía a pedirle nada y menos mi pobrecita madre... ¡Ella le tenía tanto miedo! Tal vez de eso se murió, de miedo.

Mi estómago había empezado a encogerse. Carmen lucía... ¡solemne! Testimoniaba sin prisa, sin dolor. El ceño marcaba cierta preocupación, su voz lo trasuntaba todo. Y yo acusaba recibo, porque la arrogancia masculina pesaba en especial sobre mí, ese día. Taciturna, al igual que su gruesa figura, Carmen hablaba. Yo la miraba y la desconocía. Tal vez para conocerla fuera necesario siempre, volver a empezar.

Ese día no me corría ninguna prisa. Lo que yo necesitaba era absorber aquella historia de mujer. Ansiaba regodearme en jus-



tas reivindicaciones de género. En esas horas, al menos, se me volvía acuciante.

Casi adiviné el libreto de su matrimonio... la historia habitual de escenas sin resolver: los golpes, el sufrimiento, las magulladuras y el ramillete de lágrimas infantiles. Luego, el engañoso alivio de descansar en el ojo de un huracán cuando él masculle –o no– alguna disculpa. Y en seguida la promesa cayendo sobre la incauta, pretendiendo zurcir el drama, en el exacto lugar donde todo habrá de recomenzar.

¿A qué apuesta una mujer cuando hace de la sumisión su ofrenda? Seguramente el esposo de Carmen ha de ser un hombre maravilloso mientras se mantenga sobrio –me digo y me sobresalto. Erraba en desvaríos y mientras tanto, Carmen ya se ha casado, ha nacido su niño... ¡qué bochorno, cómo volver atrás!

—Ay, disculpe usted, Carmen, ¿podría... ? —Y ella volvió a comenzar y yo a equivocarme una vez más.

—Le decía que cuando mi esposo y yo nos casamos –recomenzó sin protestar pero bajando la voz– nos llevábamos muy bien. Tuvimos nuestro primer hijo. Él trabajaba en su herrería mientras cantaba. Yo trataba de acompañarlo cosiendo ropitas de las familias vecinas. Era un pueblo pequeño y yo lo ayudaba. Una vez él dijo “Voy a visitar a mamá”. A mí me pareció bien. Mujer es mujer, madre es madre. Que fuera a visitar a la madre, estaba bien. Pero de a poco me dio por pensar que iba... de más. Y un día, terminaba yo de coser, cuando miré el reloj y vi que era demasiado tarde. Eran las dos de la madrugada y no había vuelto. Su madre era una señora mayor. Y aquella no era hora de visitas. Me envolví en una manta overa y salí a la calle. Crucé toda la Avenida Artigas hasta llegar al otro lado del pueblo, a casa de mi suegra. Encontré todo a oscuras. Pero considerando la situación, golpeé la puerta. Mi suegra tuvo que

levantarse de la cama y me dijo que él no estaba allí, que se había ido ya hacía tiempo. Le di las gracias y me fui. Volví a cruzar el pueblo. Se escuchaba música desde La Rural. El bailecito aún no terminaba y hacia allá me dirigí sin vacilar.

El rostro de Carmen tenía un perfil desconocido. No había complacencia en su mirada. Sus rasgos se destacaban altivos, serenos. Ante mí, ella develaba el escondrijo en el cual la gorda Carmen solía mantenerla a resguardo. Esta Carmen irrefutable —que llega al rescate de la otra, cada vez que es preciso— es la que sigue narrando los hechos.

—Cuando llegué al bailecito, los primeros que aparecieron fueron los tres amigos de mi esposo sentados a una mesa, afuera, tomando cerveza. No más verme, dieron un respingo y se levantaron. Me acerqué y toqué la botella: “Al primero que intente avisarle, ¡se la parto por la cabeza!” Los hombres quedaron duros como colgados de un gancho —dijo Carmen bajando un poco más la voz.

¡Impensable! Confieso que tampoco yo me atreví a moverme. Aquellos hombres debieron sentir lo mismo; alguien a quien creemos conocer de pronto se transforma y aflora un ser completamente desconocido. Lo difícil de soportar es la sorpresa, la develación súbita de nuestro error.

—Después de estar segura que se quedarían quietecitos, entré al baile. Lo vi en seguida. Estaba bailando muy apretadito con una muchacha, bien descotada ella. Me acerqué por detrás y al tenerlo a mi alcance, golpeé su hombro así, tres veces. —Carmen toca su propio hombro con el índice, sin apuro, tres veces y sigue—: Cuando se dio vuelta, también quedó quietecito por un momento. Pero se repuso rápidamente y me dijo:

—¡Hola, amor! ¿Qué estás haciendo por aquí?

—No, no —le contestó Carmen— Yo no... ¡Qué estás haciendo tú por aquí!

—Bueno... querida, ya me voy. Anda para casa que yo ya voy...

Carmen optó entonces por dirigirse a la muchacha descotada que, un poco fuera de la escena, miraba a uno y a otro sin saber qué debía hacer.

(Su mirada se dirige al jardín, sonrío reconociéndolo y continúa)

—Mira, esto no tiene nada que ver contigo. Este hombre está casado. Está casado conmigo. Me dijo que iba a visitar a su madre pero está aquí, en el baile. Nosotros tenemos un hijito y es importante que yo hable con él.

—Anda, anda a casa que ya voy yo —insistía él.

—No, no. Tú te vas a casa ahora, conmigo.

La expresión de su rostro me hipnotizaba... transmitía exactamente lo que relataba y lo decía con suavidad y dulzura. ¡Pero el tono de su voz! En el tono con el que repetía lo que le había dicho al marido y a la muchacha descotada más de veinte años antes, había transparencia y paz, también piedad. En ningún momento el menor indicio de ira cruzó su mirada.

En mi desconcierto, pensé que no responder con ira era privilegio de los *tontos*: siendo menos complejos, tal vez intuyen que les resultaría inútil reaccionar con violencia.

—Y al llegar a casa, le dije: yo no me casé para esto. Si tú quieres hacer esa vida, aquí tienes tus cosas, te las llevas todas y te vas a casa con tu madre. Desde allí haces la vida que tú quieras.

Dice Carmen que él quedó en silencio. Que pensó muy poco rato, en seguida pidió disculpas y dio su palabra: no volvería a suceder.

—Y ¿sabe una cosa? —agrega serena, sin pizca de orgullo— nunca más volvió a suceder.

Sentí vergüenza. Sentí envidia.

Sentí nostalgia. Veinte años atrás ella supo enderezar sin miedo y sin piedad lo que amenazaba torcerse.

Las horas restantes del día devoraron la escena de la mañana, como si nunca hubiera sucedido.

—Amor, ¿quiere un tecito?

—Bueno, amor, ¡dígame qué puedo hacer por usted!

El siguiente fin de semana volvió con su aire vacilante a partir del cual mis previsiones respecto de ella jamás resultarían confiables.

—No sabe cuánto la extrañé, amor. La quiero tanto...

—Sabe, amor, estuve pidiéndole al Señor por usted...

Su rostro volvía al perfil conocido. Una vez más los adjetivos untaban sus frases. Pero yo ya sabía que su posicionamiento en la vida era tan sólido como su robusta figura. Tan perecedero como el riesgo y la audacia que habían señalado su camino.

Para mí, en cambio, todo quedaba por hacer.

## QUE NUNCA SEPAS

*a Mario Simay*

Demasiado oscuro el recinto para que podamos ver el rostro del anciano cuando sale de su habitación y cierra con suavidad la puerta. Moroso, atraviesa el pequeño estar sin advertir el persistente desgaste de sus sillones ni el polvo que se acumula dentro del cristalero. Tampoco la pequeña mesa, cuya dudosa conservación no quiso disimular el tiempo.

Marek se muestra ansioso al echar una última mirada antes de prepararse para salir. Pero el tragaluz en la cocina alumbra lo suficiente para vislumbrar a Charna instalada en el sillón, envuelta en su albornoz, asintiendo y hamacando la cabeza como si dialogara consigo misma, sin levantar la vista del tejido.

Desconcertado y algo molesto por la inesperada irrupción, vacila. Pero en seguida decide, levantando el mentón, hacer rendir la oportunidad.

—Sí —carraspea y le dice en voz alta— precisamente necesitaba hablarte —y apuntándola con su bastón, le espeta—: Sesenta años fue mucha espera, ¿sabes? —añade visiblemente agitado— No tendré paz hasta que lo haga y quiero que estés allá porque voy a decir algo que tú tampoco sabías —baja la cabeza y reflexiona un momento— o tal vez ahora lo sepas, pero —golpea el suelo con el bastón— hoy hablaré, ¡también para ti!

Ella también eleva su mentón para dejar caer sobre él, una mirada adusta de no muy amable expresión. Sin haber dejado de tejer, retorna la mirada a su tarea.

Marek no se sobresalta. ¿Está acostumbrado, acaso, a ver a su esposa muerta sentada, tejiendo en silencio esa bufanda gris que nunca avanza?

Parpadea y gira sobre sí mismo. En seguida vuelve la mirada temiendo ya no verla. Pero ella sigue tan serena, con su urdimbre, como en los viejos tiempos. Entonces él se yergue, lleva a enjuagar una copa, se demora observando el recuerdo de la transparencia y con un gesto de satisfacción se sirve guinado, tomando asiento en el sillón contiguo.

Sin mover la cabeza, ella observa con cierta ironía cómo él saborea un par de tragos.

—Sí, mírame bien, nunca me atreví a beber ni siquiera un licor, ¿verdad? Ahora miro todo con otros ojos, como si estuviera viendo desfilar lo que fue nuestra vida. —Marek se levanta exaltado y la señala con el bastón— Vivimos acobardados, Charna, muertos de miedo, solo atinamos a protegernos escondidos en un búnker. —él se desplaza para encender la luz y continúa diciendo—: Estábamos tan solos, nuestras familias nos habían dejado solos, se habían volatizado como si nos hubieran olvidado. —se deja caer en el sillón y baja la voz— Quedamos tú, yo y el miedo, encerrados juntos, como si no tuviéramos derecho a vivir, como si nos estuvieran vedados los proyectos de futuro —Señala su propio pecho, mueve la cabeza a un lado y otro—. La chispa se nos ahogó en la garganta y no nos atrevimos a presentir siquiera, una nueva familia —por un instante hace silencio y su voz enronquece—. Vivimos en un panteón custodiando nuestros muertos.

Charna deja el tejido y se levanta. Ingresa en la diminuta cocina, mira a Marek un tanto molesta y se dispone a preparar un té.

—Nunca pudimos conversarlo, Charna, ni ahora que estás muerta me quieres escuchar. No podías enfrentar nada, no lo tolerabas, cualquier empeño quedaba abortado, como un hijo que pudimos haber tenido y no quisiste. Solo muertos anidaste en tu pecho —Marek está exhausto y sigue sin darse respiro—,

pero no hablabas de ellos, ni hablabas con ellos, ni siquiera supe cuántos eran, qué recuerdos te evocaban. Quedaron petrificados en tu corazón, asesinados, sangrando para siempre –finalmente entorna los ojos, respira hondo y agrega–: Y tú con ellos.

En la cocina, ella levanta la caldera hirviendo y Marek la observa verter con fuerza el agua en la pileta. El humo salta como una fuente y desaparece. Él se sobresalta, pero esta vez no está dispuesto a contenerse.

—Aunque ya no importe –dice en voz alta–, hace días que pienso. Tenía tanto miedo de perderte que apretaba los labios para no hablar porque sabía que no lo resistirías. Sí, estoy enojado contigo. Estabas a mi lado, me cuidaste con amor, pero aquel comienzo, olvidar era tan imposible, lo impusiste para el resto de nuestras vidas: custodiar a los muertos, víctimas de la guerra, asesinados. Y yo te seguí –Marek se queda mirando el rojo oscuro que anida en su copa–, al principio porque también tenía muertos para velar. Pero luego, no sé, nos anestesió esa entereza por la que tanto rogamos y nos refugiamos en una... no, no era paz, éramos jóvenes, ¡era inercia! La inercia de los cadáveres que siguen deteriorándose sin saberlo ya –hace una pausa y recuerda–. Nunca dejaste que te contara de mi gente, apenas lo intentaba comenzabas a temblar y yo enmudecía mi disgusto. ¿Evitabas tener que exponer tu propio desconsuelo?

Marek se había levantado nervioso del sillón, se acerca a la cocina porque quiere encontrar la mirada de Charna. Pero la observa trajinando, indiferente a su excitación.

Ni siquiera haciendo el amor podíamos confesar lo que sentíamos. Todo sucedía en silencio. Algunas veces yo percibía tus lágrimas y la primera vez que quise saber qué sentías, empezaste a temblar y gemir. No volví a preguntarte, simplemente te abracé y así aprendí que eso te calmaba.

Marek hace fuerza con su bastón hasta lograr girar y encaminarse hacia la puerta. Desde allí vuelve a increparla, golpeando el bastón en el piso varias veces, como si esperara una confirmación que le permitiera agotar el tema.

—Dedicamos nuestra vida a honrar la muerte, Charna, reconócelo de una buena vez. Para qué íbamos a relatar historias si eran millones, si las protagonizábamos, ¡si las portábamos como un atuendo! Ay, nosotros también hicimos una fosa común con todos ellos.

Frente a la pileta Charna gime encorvándose sobre sí misma y comienza a temblar. Marek tampoco siente piedad esta vez:

—La vida se deslizó sin marcar los pulsos, como la línea de la muerte en el monitor. ¿El miedo nos protegió? Sí, también nos entumeció —suspira una vez más, la mira y mueve la cabeza para un lado y otro diciendo—: Pero se acabó, Charna, todo eso se fue contigo, no queda más nada —una pausa y el tono se vuelve ácido—. Bueno, ¡como de costumbre!

Una mirada de temor surge del rostro de Charna que se incorpora y queda mirando hacia el tragaluz. La boca se abre con un gesto de horror y desesperación, ante lo inevitable.

—¿Teníamos pánico de perder, qué? Ja, ja, ja —ríe Marek sacudiéndose—. No hemos hecho otra cosa que perder. Y perdernos. ¡Qué había para ganar si nunca arriesgamos nada!

La figura de Charna le aparece ahora erguida delante de la puerta de entrada y fija en él una mirada de reproche.

—¿Crees acaso que hemos tenido una buena vida? —responde Marek al gesto que ve en ella—. Serpenteamos por la existencia y nos deslizamos, siempre solos y sin amigos porque en nadie podíamos confiar. ¡Pudimos haber tenido una casita, un jardín! No hemos tenido vida, Charna, trabajabas dentro de casa cosiendo para los vecinos. No querías sentir el sol, te lastimaba la piel. ¿Vas a negármelo?



Charna molesta, arrastrando las zapatillas vuelve a acomodarse en el sillón. Usa sus energías para retomar el tejido, sin ánimo de atenderle.

—No, ahora me vas a escuchar tú a mí. Solo salías de tardecita para levantar los cascotes que cubrían las calles y llegabas a la ciudad vieja donde la fiebre de reconstrucción alborotaba la sangre de todos los polacos, los obstinados. La plaza soleada, la plaza bajo la nieve, tantas veces te vi sentada en algún banco, hamacándote mirando el horizonte, sin expresión en tu rostro, sin un gesto. Me entristeció tu melancolía. Consumimos nuestras vidas viendo reconstruir afuera lo que de nosotros había perecido entre los escombros.

El mueble ha quedado abierto y el gozne producía un sonido casi de lamentación. Charna se levanta para cerrar la puerta, luego regresa, retoma el tejido y lo mira tristemente. Ahora él se dirige al mueble y con energía vuelve a abrirlo.

—Hoy lo quiero abierto –sonríe volviendo al sillón–, quiero que suene a arrebató –toma otro trago– ¡y basta de silencio! Ay, Charna, no, no te culpo, es lo que nos sucedió a ambos. Yo quise mantenerte con vida, a ti al menos; tanto temí perderte que tu debilidad dirigió mi vida. Lo que no podías tolerar, yo prometí no realizarlo. –Marek parece fatigado y suspira hondo– Nos sumamos a la fosa común, Charna.

Ella dormita. Marek la observa largo rato como queriendo absorber su imagen, antes de verla desvanecer ante sus ojos.

Cuando eso sucede, dice mirando al techo:

—Sabes, Charna, no fue con el miedo que convivimos, creo que hemos consumado el horror.

Unos segundos después abrocha el sobretodo y aferrado a su bastón se dispone a salir. En ese preciso momento escucha dos timbres cortos y fuertes.

—¡Ah, vienen por mí! —pensó esbozando una ansiosa sonrisa. De pronto su propia frase, por un momento, se le vuelve enemiga. Lo hace respirar hondo y vacilar antes de estirar la mano para abrir la puerta con fuerza.

Se vuelve hacia el sillón, ahora vacío. Nunca le gustó dejarla sola.

—No abras a nadie, Charna —dijo sintiendo la penumbra que devora los límites del corredor y una voz al fondo del pasillo que grita su nombre.

—Señor Marek, ¡lo espero!

Varsovia se pasea jactanciosa por la plaza de la Liberación, al tiempo que esconde las derrotas tras su multifacética escultura. El césped varsoviano se desliza luminoso y tierno, aún cuando entierra bajo su alfombra verde, espeluznantes tragedias. La majestuosidad de los palacios deja la huella de una ciudad pisoteada a perpetuidad, franqueada por extranjeros, privilegiada y vapuleada por la historia. Los arpegios de Chopin adormecen la multitud de laceraciones que se cuecen bajo el cielo de Varsovia, liberando melomanías sobre los bancos, en las iglesias, en los corazones.

Varsovia, cuna de tantos abuelos “deportados”, concede hoy una cena de *Pesaj*<sup>1</sup> a sus nietos. Nuevas voces reiteran las viejas oraciones, los mismos cánticos ancestrales, como recordando a quienes aún no les había llegado la hora, como reasignándoles un lugar en la marcha de la liberación.

1. Liberación de la esclavitud en Egipto. Las oraciones acompañan la ceremonia y los alimentos que la simbolizan: el vino, la matzá, el pan ácimo. Sobre la mesa, raíces amargas evocan el sufrimiento pasado y manzanas con miel apuestan al futuro.

Unos minutos antes, los jóvenes entraban riendo, empujándose, inmersos en el festivo bullicio. Envueltos en un fondo animado de música klezmer, se palmeaban y saludaban, ataviados para la ceremonia. Entre ellos, un anciano con su bastón, arremetía con total convicción. Bien mirado, inspiraba cierta ternura a quien advirtiese que aunque el viejo sintiera que apuraba el paso, apenas lograba avanzar.

La ceremonia renovaba gozosa la interrogación; ¿por qué es diferente esta noche del resto de las noches? Y la respuesta abre al relato, condensa una frase y se afirma en la melodía:

—*Abadim áinu, ajshav benei jorim.*<sup>2</sup>

¿Dónde ha quedado Marek?

Aún sin conocer las melodías Marek acompaña aquel despliegue con arrobamiento, con tristeza también. Cierta gesto furtivo ha despertado ya la intriga de su presencia. Nadie pasa desapercibido en Varsovia. Y el enigma ronda algunos intentos de respuesta. Tal vez un judío “nuevo” de los que se incorporan a la comunidad. Tal vez un “Justo entre las naciones”.<sup>3</sup>

“¡¡¡...un chivito que mi padre vendió por dos escudos!!! Un chivito, un chivito...” Cuando el tono burlesco e iterativo de la canción comienza a opacarse, un joven se aproxima y se detiene detrás de la silla de Marek. El gesto convoca inmediatamente la atención de la audiencia.

—Quería presentarles a Marek —anunció el joven—. Él pidió participar con nosotros porque le urge hacer una revelación. Prometí que lo escucharíamos. A los judíos —le dije— nos gusta escuchar historias.

Marek se toma unos segundos mientras la platea escudriña su rostro horadando el misterio; quién será el anciano. Él se

2. Esclavos fuimos, ahora somos libres.

3. Título con el que Israel premia a quienes han salvado judíos durante la Segunda Guerra Mundial.

yergue sobre su bastón y antes de comenzar eleva la mirada como si el techo fuera un cielo. Con voz clara y segura, sonrío:

—Cuando me prometí a mí mismo contarles mi historia sin ocultar la verdad, y eso sucedió en estos días, pude mirarme al espejo por primera vez sin vergüenza y sin miedo. Gracias por recibirme.

Sorprender a la concurrencia con una historia más y prometer al mismo tiempo develar una verdad, siempre aguza el silencio.

—Temo desilusionarlos si esperan una historia de heroísmo. Más bien se trata de lo contrario. Yo amo a mi patria, la amo aunque ella sea una madre enferma. El odio la enfermó y la hirió, tal vez por eso nunca pude abandonarla —hace una pausa y agrega— Pero la historia de Polonia ya la conocen. Empezaré por decirles que hace tres meses falleció mi esposa. Charna tenía setenta y nueve años.

Algunas cabezas se movían asintiendo, como si la hubieran conocido.

—Nos casamos al final de la guerra, ella con diez y nueve años y yo con veinticuatro, como muchos de ustedes —su mirada se pierde y retorna—. No tuvimos hijos. Sobrevivir ya era el milagro.

Marek respiraba hondo buscando fuerza. Sus propias palabras le provocaban consternación. También a la platea. Por momentos parecía perderse en algún punto del pasado, pero regresaba porque este era el lugar, porque hoy se había prometido develar lo que había quedado acallado.

—Había que rehacer la vida con los desechos de la muerte. Todo era incierto. Así nos conocimos, recorriendo las calles buscando trabajo, pan, sueños, un mundo posible. ¿Pueden imaginar cuánto riesgo implicaba confiar en otros? Vivíamos bajo sospecha, quiénes éramos, a quién odiábamos, qué habíamos hecho durante aquel terrible período.

Un murmullo recorre la sala. Las historias de guerra seguían siendo escenas cotidianas en Varsovia. Algunos sujetaban sus copas apurando un trago.

—Buscábamos trabajo, luchamos contra el frío, el hambre. Creíamos ver a los nuestros en cada rostro —Marek traga con dificultad— un hermano, ni un amigo siquiera... Necesitábamos juntarnos para reconstruir la frescura, la verde dignidad de Varsovia. Y nos sentimos orgullosos de lograrlo aunque las décadas se nos deslizaron como un trineo sobre la nieve.

De pronto, Marek divisa a Charna sentada en una de las mesas, con su albornoz, sin levantar la cabeza de su tejido; son esas familiaridades que solo los muertos se permiten. Y a ella se dirige:

—... implacable. Aquel despeñadero arrebató amores, ternuras, sonrisas. Tanto nos atormentaba que prometimos no hablar más de nuestra gente. No sé si es creíble apartar los recuerdos, pero juro que nunca volvimos a nombrarlos.

El público absorbía sus palabras con piedad, mientras un llanto de mujer estallaba en el fondo de la sala.

En sus últimos días, mi pobre Charna, más que enferma se veía intranquila. A punto de abandonarme se empeñaba en transmitirme paz. Fue un cruento proceso el de su enfermedad. Fue cuando percibió la muerte a su lado...

*La habitación en penumbras. Charna yace con el semblante pálido y la mirada exhausta. Con gran esfuerzo levanta el brazo, Marek se aproxima y le toma la mano. Otro gesto y él se sienta a su lado. Por unos segundos ninguno se mueve. Alguna cámara debió anticipar el instante de la despedida. Charna necesita decirle algo. Él se inclina, quiere evitarle el sacrificio pero reconoce la determinación en los ojos de ella y espera. Y es con sus últimos latidos que ella logra susurrar:*

*—Marek... querido... yo fui... soy... judía. Perdona...*

Abrumado, el anciano vuelve a buscar a Charna entre la audiencia sin encontrarla. El silencio de la platea reclama que continúe.

—No dijo más. Murió con su mano entre las mías —cerrando los ojos Marek baja apesadumbrado la mirada—. Y esas palabras taladraron mi alma. Ella me pedía ¿perdón...

El silencio brillaba en aquel recinto. Nadie se atrevía a opacarlo. Él seguía negando con la cabeza:

— ...por ocultarlo? —dijo como si no lo creyera, dijo como pidiendo que se lo explicaran— ¿Temía perderme, temía mi desprecio por saberla judía? ¿Volví al tembladeral del inicio? Me había protegido de saberlo... ¿a mí? —la mirada del anciano volvía a ver alguna escena que sólo él podía captar. Marek fijó su mirada en los ojos de los presentes—. Tenía que venir a decirles esto hoy, acá, a los judíos. Ella lo hubiese querido. Esta comunidad es el hogar que ella resignó. Recíbanla... en verdad nunca lo renunció.

El silencio fue debilitándose. Desde el borde de la sala, comenzaban a filtrarse murmullos que aliviaban la turbación suscitada.

—¡Guardó el secreto toda la vida! —suspiró alguien.

—Tantas historias que aún no sabemos.

—¡Quién se animaba a declararse judío en ese entonces!

Entonces Marek alzó una mano. Las lágrimas corrían por los pliegues de su rostro y el silencio volvió a preceder sus palabras.

—No logramos superar la persecución. Las guerras comienzan mucho antes de la guerra, pero ¿cuándo terminan? Era una cacería incesante. Guardar un secreto, era la única hebra de libertad. Si acarreaba la muerte, la elección había sido nuestro privilegio.

Y sin vacilar, agrega:

—Mi secreto, amigos, lo que yo no pude decirle a ella... es que yo también... ¡soy judío!

El eco del silencio resonó y se extendió en la sala durante largo rato. Sólo logró atravesarlo un tintinear, como si un par de agujas de tejer cayeran al piso.

## LA ENTREVISTA

*a Gonzalo Varela*

*In memoriam*

No era lo habitual.

Un llamado a domicilio solicitando médico desde un barrio tan humilde, no es lo habitual. No sé por qué acepté ir. Tal vez por sentirme en falta. Tal vez por esa cosa que seca el paladar cuando uno va a decir *no* y es Hipócrates quien impugna la vacilación y uno se encuentra diciendo *sí*.

¿Cedí acaso al protagonismo de mi nombre extraído de las *Páginas Amarillas*? Puedo jurar que jamás solicité estar en ellas.

¡Elegir psiquiatra sin más referencia que una guía telefónica... definitivamente no es lo habitual!

Me sentía sereno, aunque estaba muy intrigado, en verdad. A ello se agregaba una inquietud más que no lograba definir. Parecía estar omitiendo algo.

Era viernes. Como no había nada previsto en el horizonte del fin de semana, aquella cita convocó ciertos recuerdos. Me veía anotando las primeras visitas a domicilio junto al diploma de *Doctor en Psiquiatría*, que aún crujiente ocultaba mi sonrisa.

Sin vacilar anoté la dirección. Nunca había escuchado el nombre de aquella calle, aquel barrio... imaginé que no iba a ser fácil llegar a destino.

El sábado de mañana hice rugir el motor. Con el mapa a mi lado eché a andar. La ciudad, vacía, revelaba un panorama casi ajeno. Transitaba por caminos que inauguraban su flamante hormigón salpicado de casas blancas a lo largo, emergiendo de las frondosas profundidades de sus chacras.

Desconocer el territorio, transitarlo, despertaba en mi cabeza una indefinida sensación de libertad. Hasta las vías férreas parecían reverberar en el anhelo de reiniciar, algún día, su errar vagabundo.

A medida que avanzaba, me sentí incursionando en espacios poco fraternos. Ciertas aprehensiones inéditas, empezaban a asomar.

Presentí un prójimo mal entrazado, al que suelo atribuirle (injustamente lo sé) su propia marginación. La consecuencia, dinamitado ya el puente entre ambas orillas, sería ese oscuro abismo social que voraz, aguarda. Y también calla.

Estoy frente a un cruce que no aparece en el mapa. Me detengo para pedir información a un gordo descomunal que viene cruzando la calle. Señala un atajo. Me estoy yendo cuando le oigo gritar *¡vaya rápido!*

Al no conocer el lugar, no veo cómo avanzaría *rápido*. Retengo unos segundos el auto para corroborar el nombre de la siguiente calle, cuando un impacto sacude la carrocería. ¡¡¡La mía!!! Al girar la cabeza veo un guacho huyendo veloz. Me enfurezco. Me niego a verlo escapar, impune, sin más. Quiero saltar tras él, levantarlo en un puño y descargarle... ¡el profundo sentido de justicia que aún preservo! Pero a punto de abrir la puerta –gesto por demás inútil– veo aproximarse otros dos mocosos harapientos, desafiantes, blandiendo una gruesa rama, dispuestos a destrozar a cualquiera que pretenda enfrentarlos. Cierta desmayo resbala por mi frente.

Surge en mi memoria el mensaje descomunal del gordo o del gordo descomunal y aprieto a fondo el acelerador. Finalmente comprendo que “*vaya rápido*” quería decir *vaya rápido*.

Todavía me lleva algunos minutos encontrar la casa. Por fortuna el número está a la vista, improvisado, aferrado a un hierro oxidado. La reja, colosal filigrana del siglo anterior, se



expone entreabierta. El jardín parece elevarse y devorarla con su oleaje de ramas y lianas. Al fondo la casa zozobra amenazada, casi estrangulada por el follaje.

Aún no me animo a entrar. Guardo mis anteojos, me los pongo, vuelvo a quitármelos. Escudriño a mi alrededor. Inspiro, bajo la cabeza, estiro el cuello. Respiro hondo y me voy serenando.

Como si la propia reja gimiera, una voz oxidada chirrió detrás de la maleza. La vegetación convulsionó y consagró el rostro rugoso de una anciana que clamaba.

—¡Por acá doctor, pase por acá!

Quedo atontado. ¿Acaso me conocía? ¡Claro que no! ¡Ah! La inquietud vuelve a recordarme que estoy ignorando algo.

Pero esta vez me alivia que alguien me llame *doctor*.

—Pase doctor, venga por aquí, cuide donde pisa, no vaya a tropezar, apresúrese, esta enredadera es muy voraz.

Su tono grave, casi masculino, vuelve a desconcertarme. ¿Cuál es su voz? ¿Tiene dos voces? La describo mentalmente mientras obedezco; octogenaria, de estatura media, conservada con algún acierto, vestida de modo sencillo, el discurso convencional que uno espera oír. Nada que recelar.

—Pase por aquí —dice empujando la siguiente reja, próxima a la casa.

Atravieso detrás de ella el damero del patio y nos detiene una muralla de piedra. Una puerta ciega impide el paso.

—No se fije, doctor... —y la puerta cede a su gesto.

Se abre. Es una garganta negra que arroja en su acidez, una pestilencia que me voltea y me irrita. Me lanza hacia atrás... ¡Ah... qué carajo es eso!

La anciana que me precede no parece percibirlo.

Voy tras ella. Nunca presto atención al mobiliario, al orden o a la higiene. Pero el espacio que se abrió delante de mí, se

percibe tan atiborrado de muebles, de bultos sin forma definida. Será la oscuridad, me explico.

En seguida algo leve, pegajoso, se restrega en mi rostro y me hace ahogar una exclamación. A escasos metros el roce vuelve a repetirse. Trato de mirar hacia arriba sin descuidar el piso pero apenas logro discernir colgajos blanquecinos de polvo que tocan mi cabeza. A pesar de ir detrás de aquella insólita mujer, vuelvo la cabeza estúpidamente como reclamándole no sé qué.

En seguida sonrío al darme cuenta que a causa de su exigua estatura, la vieja ignora el enigma de los cuerpos colgantes.

—No se fije...

Imposible, ya estaba fascinado. Mis ojos quedaban absortos en las manchas de grasa que empezaba a descubrir en las paredes; jirones de tela que alguna vez fueron gobelinos, ahora pendían tiesos, endurecidos por una costra gris. Algún destello de luz lograba penetrar la estancia, apenas para impugnar cierta pretensión de permanencia.

Todo parecía volatizarse, tocado por aquel olor pestilente: los sillones raídos, la cal de las paredes devoradas por la humedad, las fibras de las alfombras desgarradas encrespándose sobre el piso. Todos esos trastos hacían notar con desesperación lo que supieron ser. El tufo se erectaba del suelo, se apareaba con la atmósfera.

Cada uno de los elementos de aquel conjunto agonizaba, sin morir. Mis zapatos dejaban su huella en un pavimento de tiempo, velado para quien viene de paso.

Podría jurar que jamás volveré a ser testigo de tanta ruina. Buscaba en mis bolsillos algo para taparme la nariz cuando ella viró hacia mí. Me detuve como un niño regañado por faltar el respeto en casa ajena.

Volví a echar una ojeada. Escruté la penumbra. La *¿basura?* constituía volúmenes, se amontonaba por los rincones super-

poniendo capas blancas y grises, tan carnosas que podían pesarse en una balanza.

Pero, ¿qué se había devastado de tal suerte?

Volví a apresurarme tras ella. Irrumpíamos ahora en un... ¿dormitorio? Entre luces y sombras mi vista se concentró hasta divisar un lecho al fondo. Una silla brotó de la nada delante de mí.

Algo se movió encima. Entre tanta opacidad parecía exhumar un murmullo sordo, un silencio ahogado.

Cuando mis ojos se acostumbren y la luz lo permita, veré algo balanceándose sobre la silla, debajo de una manta apelmazada.

¿Qué es lo que se mece? Es un cráneo apenas cubierto de estrías sin piel, parece más una excrecencia ósea que algo pasible de nombrar. La habitación entera hierve debajo de un caldo de fosforescencia opaca.

Es lo único que se revela viviente. De “aquello” cae hacia adelante una pelambre gruesa, gris. Parece una enorme pieza de entomología. La observo. Ahora cuchichea, susurra para sí, casi sin voz.

De pronto cabecea bruscamente y veo sus ojos. Redondos y claros, adquieren especial relieve en medio de la penumbra. Giran lentamente hacia mí, como la luz lejana de un faro. Contemplo por un momento aquella superficie espejada, intentando atravesarla. Me estremezco; allí detrás hay... ¡nadie! Mirar adentro es caer en la ausencia más infinita.

La vieja, que hasta ahora había permanecido callada, por fin comienza a hablar.

—Ella ha estado enferma hace mucho tiempo, doctor. Mi marido era primo suyo y ahora yo me ocupo. No se levanta, pobrecita, no puede hacerlo y nunca pide ayuda. El doctor que la atendía murió y no puedo dejar a Libia sin su medicación.

En un momento de vacilación de la anciana mi imaginación voló por un instante hacia un exótico país...

—... guardé las cajas, doctor, para que usted sepa qué darle. Hace años que toma lo mismo, pero sin la receta verde...

¡Por eso me había llamado! La explicación era así de simple. Miré intensamente a mi paciente, ¿paciente? La busqué a sabiendas de que no la encontraría. Ensayé incursionar allí dentro, le hablé, tomé su mano. No tenía caso. Yo no existía. Ella no estaba allí o no la presentí, lo mismo da.

Me incorporé en silencio. Había llegado hasta la entraña del misterio donde naufraga la erudición. Había atravesado la centuria de la disciplina, sin remedio. La entrevista habitual exploratoria resultaba superflua. Tanto como la intención de detectar alguna otra manifestación clínica.

—Doctor... —su voz grave percibía mis pensamientos en pugna— es una historia triste.

Aún conservo aquel relato. Permanece con la letanía que la anciana supo inscribir en mi recuerdo. La melodía se fue componiendo en mi imaginación y la partitura ha sido bordada con los hilos sepia del tiempo.

—... era una hermosa joven con grandes ojos azules, una sonrisa espléndida y fácil. ¡Cómo no serlo a los diecisiete años! Una hija querida y mimada por sus padres. Su única hija.

Ella bordaba, tenía ese don. Lo hacía con tanto placer que las vecinas la rondaban para descubrir el secreto con que tallaba sus hebras. En aquellos blancos manteles las doncellas se inclinaban sobre las pianolas y parecían soñar con nobles jinetes.

Los hombres, deslumbrados, otorgaban su admiración, sin confesarlo. Todo el que veía aquellas siluetas era tentado por ensueños cautivantes, conducido fugazmente a lugares ignotos de los que nadie se apresura a regresar.

Aquella cadencia sacudía imágenes en mi memoria. Veía a mi propia madre inclinada sobre el lienzo, haciendo brotar dra-

gonos negros y rojos de una tela blanca. Solía detenerme largo rato a contemplar sus diseños, a mirarla componer –puntada tras puntada– con minucioso placer, aquella urdimbre sin tiempo. De cuando en cuando se erguía, alejaba el bastidor que sujetaba la tela y sonreía complacida del resultado. Nunca pude comprender el placer que aquella operación le deparaba. Un placer tan solitario...

¿Qué le habría sucedido a aquella niña? Giro hacia la anciana que aguarda para recuperar mi atención. Y ella retoma el relato en la pregunta que no formulé. Recuerda aquel domingo de 1941 en que la familia se dirigía al puerto.

Anclaba por esos días un barco inglés, escapando en medio de la acción bélica para reparar un accidente en la quilla. La anciana no recordaba el nombre del barco, pero era un símbolo de victoria sobre los horrores que resonaban lejanos. El periódico mostró la imagen del público agrupado en entusiasta fila a la espera de visitarlo. Libia y sus padres se sumaban a la algarabía. Sin duda que este pequeño país husmeaba los acontecimientos universales e imaginaba el fugaz protagonismo de pertenecer al bando aliado. Cada oficial a bordo dirigía un *tour* de 10 personas.

El relato de la anciana me sumerge en un perfume tibio y aterciopelado que me toma desprevenido, al que no puedo renunciar.

Aquel muchacho rubio de ojos intensamente azules les dio la bienvenida. Lucía resplandeciente en la blancura de su uniforme. Su sonrisa formaba parte de aquella tarde promisorio. Libia quedó perpleja a medida que él se acercaba. Cuando llegó a su lado, levantó la vista y la vio. El *tour* entero fue testigo. Por unos segundos, él perdió el habla y ella la respiración. Sus ojos ya no pudieron despegarse. Y el destino concluía allí su primer acto.

La voz de la anciana hacía despertar en mí, algunas viejas ilusiones. ¡Mi Eros de Primavera! Aquel enamoramiento pri-

mero que casi podía ver brotar, estallar y empequeñecer hasta perderse en el desfiladero del tiempo. Mis imágenes... ¿¡qué estoy olvidando!?

—Durante mucho tiempo el joven *dragón* recorrió las calles muy próximo a Libia hasta lograr cobijar su mano entre las suyas. Qué digo el barrio, el mundo entero se enternecía ante aquella visión de felicidad juvenil. La eternidad prometía hacerse cargo.

Fue en un lloroso amanecer que el barco hubo de partir. Las misivas profundizaban la huella del desgarro. En su congoja, él desertaba en cada párrafo. La eternidad parecía estirar la lejanía.

Un azaroso día el barco inglés fue hundido por los alemanes. Libia lo leyó a través de la prensa. Recorrió aquellas líneas varias veces sin comprenderlas. Dicen que cerró los ojos para bloquearle la entrada a la devastación.

Durante meses aguardó, confiando primero en algún error, luego en un milagro. Pero la carta no llegó. No hubo nadie que se apiadara y pudiera siquiera relatarle que su nombre habría sido el último suspiro del marino.

Una sensación de tristeza nos embarga.

Al ver rodar lágrimas rebeldes en las mejillas de la anciana pienso que tampoco yo querría saber. Casi me siento habitando la nada de Libia, allí donde no es posible la claudicación Y la anciana lo *dice*, a su modo.

—Desde que él desapareció ella se mece. Todo el tiempo. Usted vio sus ojos, doctor. Parece que lo estuviera viendo. Yo puedo jurarle que nunca dejó de amarlo. No volvió a decir una sola palabra más y encerró su alma para siempre.

Sin expectativas, para complacer a la anciana, la miro.

En efecto, se mece sin cesar, empecinadamente. ¿Detiene el tiempo? justo en esa frontera entre vida y muerte.

Ambos quedamos en suspenso. La anciana hubiera podido repetir y yo escuchar aquel relato durante horas, ambos atentos a una historia que no lograba hallar su desenlace.

Las manos de mi madre me conducen de regreso al dragón bordado en rojo y negro que va reduciéndose. El mantel ondea en el aire, se esboza como águila y se vuelve serpiente. Pero la transformación no se detiene. En seguida será un blasón heráldico urdido en un caparazón; de pronto ya es un coleóptero que despliega las alas e intenta volar. Una aguja que se suelta del bordado, se ha vuelto corva y lo atraviesa. Al instante yace junto a otros escarabajos, en obsesiva sucesión.

Dios fue ultrajando palmo a palmo su belleza. Con Su deseo casi humano, hereje diría, la mantiene con vida. Poco le importó. ÉL gobierna su cuerpo por más de medio siglo, pero ella le escamotea el alma, extraviándola.

La anciana parece saberlo todo.

—Créame doctor, ella no está esperando nada, no siente lástima de sí misma —y la anciana de improviso decide increparme— ¿Usted siente lástima de usted mismo, doctor?

Acuso el golpe. ¿Qué sigue escabulléndose en mi?

—La conocí tres años después. Teníamos la misma edad. Hermosa y perdida en sus profundidades, oscilando, siempre oscilando como un metrónomo. Lograba hipnotizarme. Todavía hay momentos en que me quedo absorta, mirándola. Me siento a su lado y allí permanezco. Siempre ha sido así. Siempre —repite como un eco—. Yo sé que agradece mi compañía y mi silencio, porque parpadea con un gesto de aceptación. —Me mira de pronto y parece quedar a la defensiva— Usted puede decir, doctor, que ella nunca me miró ni emitió sonido ni gesto... pero hace sesenta años que sólo yo le doy de comer y le dejo un vaso de agua en la mano... —hace una pequeña pausa y agrega como si tuviera que explicarlo— ¡lo indispensable!

Adviene otro silencio y a continuación me sobresalta nuevamente el chirrido desagradable de su repentino tono agudo:

—Ya lo sé, ella gime y gime sin cesar. No me importa lo que crea, doctor, ¡no agrega nada a lo que usted debe saber!

No sé qué pudo irritarla. Podía conmoverme y provocarme casi al mismo tiempo. Me obsequiaba el relato y en medio de él, prescindía de mí. Mientras ella seguía hablando, mis sienes latían. Me recompuse cuando la escuché regañarme.

—He visto a muchos médicos como usted pretendiendo erigirse en salvadores de la niña. (No sé bien por qué, ambos pensábamos en ella como *la niña*).

Y dijo de la belleza que los hombres sentían desperdiciarse; la arrogancia masculina para conquistarla cuando quedaba en evidencia que mal podrían los hombres lo que nunca pudo Dios. Habló del desfile de videntes y curanderos, astrólogos y sacerdotes, especialistas en conjurar la presencia del mal; de doctores con sus nuevas fórmulas avaladas por experiencias remotas.

Y recuerdo que agregó con voz grave:

—Cada vez que eso sucedía, un nuevo vello parecía agregarse a su rostro.

Volví a observarla con renovada atención. Aquellas hebras en torno a sus labios habían ido entretejiéndose como una curiosa empalizada. La boca estaba cubierta por una extraña e hirsuta vellosidad como si una muralla impidiera la fuga de cualquier palabra que nombrase el dolor.

No sé si la anciana enunciaba en voz alta mis propios pensamientos o fui yo quien lo dijo:

—No puede decir una sola palabra. Su barba de mujer ahoga los ayes de la tragedia. Y es su abrigo ante las inclemencias.

Lástima —pensé— la anciana nunca entenderá cuánto una palabra puede desplazar de lugar al dolor.





—Ese ha sido siempre el deseo de Libia —su voz me respondía y empezaba a afinarse— ¡No intente sacarla de su destierro, doctor!

Su tono y sus palabras me desterraban a mí. Me plegué al silencio que siguió y asentí, despacio. En efecto, eso era todo lo que yo debía saber.

Completé la receta verde, sintiéndome una marioneta sin voluntad.

Cuando inquirió el monto de mis honorarios, no creí justo cobrar lo que no había ganado. Ella me tendió un sobre e insistió:

—Doctor, no haga eso. De los bienes de Libia —me aseguró— hay dinero suficiente. Por favor, no se aflija por el barrio en que vivimos.

Era ella la que no había comprendido mis razones. Pero una vez más tenía yo que escuchar las suyas. Las mías quedaban guardadas en la misma barba.

—Estas calles fueron su paraíso antes de convertirse en lo que ahora son, ¡cómo arrancarla de aquí! Moriría tan rápido. Cuando mi pobre esposo murió, mi soledad me arrastró hasta el abismo y hasta pensé... doctor, Libia se volvió mi única razón de existir.

Me sentí despreciable, dueño de esa corrupta mirada que elide las verdades humanas.

Guardé el sobre. Tomé entre mis manos la suya y la apreté sin palabras. Ella me miró fijamente. Parecíamos reconciliarnos.

Por fin, forzando los hilos de la telaraña, me alejé sin mirar atrás. Conduje con suavidad hasta alcanzar mis calles solidarias. Viré hacia la costa y detuve el auto en la cima de la plaza, sobre el mar. Volvía a ese lugar, mi lugar, desde el cual suelo otear el horizonte.

Abrí el sobre. Demasiado dinero, cubría el más elevado arancel. Aquellos billetes, en efecto, doblaban el pago.



¿Qué de mí se fragmentó?, ¿cómo he llegado yo a ser un insecto, atrapado...? ¡Ah! Como el golpe de una puerta que cede al viento, aquel extravío que me inquietaba ese día, estalló en la superficie: ese fin de semana mi mujer y yo íbamos a discutir una inminente separación.

Cierro los ojos. Me adormezco.

El reflejo del vidrio se cuela entre mis párpados. Un graznido o algo así, me sobresalta. Más allá el mar me apacigua y enseña una sonrisa de espuma. El graznido se oye más cerca. Un aleteo sobrevuela el techo y veo pasar la sombra de una gaviota. ¿Negra? Aspiro hondo y siento un tufo ácido que me quema por dentro.

—¡Ah, qué diablos es eso!

## LA FRONTERA

Morris y Saúl eran amigos.

Saúl irrumpía en casa cada día. Quebraba el silencio con su vozarrón y su risa en cascada. Invadía el espacio con esas enormes orejas que provocaban mi fascinación.

Jugaba con mi hermano. Primero apareció la colección de figuritas, luego las bolitas, más tarde el trompo; los juegos de caja se dispersaban sobre la mesa; cruzarían en bicicleta por la vereda en plena pubertad para bajar a la calle en la adolescencia.

En aquel entonces, a la tardecita, con una gran barra de ciclistas ansiosos, solíamos arrasar el barrio a timbrazos.

Y mientras la vida se iba deslizando imperceptible, aquella figura de Saúl se volvía esquiva, casi desapercibida. De él permanecería el residuo de su voz pastosa, el eco de su risa entrecortada y la imagen del desmesurado tamaño de sus orejas.

Cuando nos mudamos me olvidé de Saúl.

Estamos reunidos con primos y amigos. La conversación se va deslizando hacia la experiencia, el riesgo y el compromiso con que cada cual apostó en la época de la militancia. Sin duda, el protagonismo lo conducían los sobresaltos que todos atravesamos. Hoy, ya lejos del drama, aquellas mismas escenas que en su momento nos cortaban la respiración, adquieren ese tono jocoso que sólo el tiempo sabe instalar.

En una de ellas aparece mi madre con sus rasgos peculiares y sin otra opción.

Morris había decidido pertenecer al Partido.

Su comité está reunido en casa. Entramos en ese momento de la calle, mi madre y yo. Al pasar por el estar, del otro lado de la puerta vidriada, vemos un reducido grupo, aproximando

sus cabezas y cuchicheando en voz baja. Aún no acabo de percatarme de esas presencias desconocidas, cuando mi madre, apenas verlos, sin cuidar el tono de su exclamación, se lleva la mano abierta a la mejilla y suelta sin mucho recato:

—¡Ay, un negro!

—¡Mamá! —digo horrorizada ante la idea de que el grupo hubiera escuchado el tono— ¿qué te pasa?

Quiero creer que su problema es más estético que racista, cuando responde mortificada:

—¡Mirá, tan negro... mirá cómo queda al lado de esas cortinas tan blancas!

Mi hermano capta el exabrupto y sabiendo que callar no es el punto fuerte de nuestra progenitora, abandona la reunión, se acerca y sin pérdida de tiempo interroga la objeción materna.

—Un negro... —vuelve a repetir ella casi en éxtasis— trajiste un negro a casa... ¡sin avisar!

—¡Mamá! —en el apuro por contener el desastre que ella pudiera ocasionar, consideró necesario elevar el status de su compañero— ¡Por favor, mamá, es hijo de un diplomático!

(¡Ah, pensé mirándolos, nadie queda a salvo en esta escena!)

Cuando ella agrega *Ay, qué horrible*, bajando la voz, ambos consideramos que el momento de peligro ha pasado. Hago una señal a mi hermano para que se reintegre a su reunión. Yo me haría cargo.

El tema comenzaba a chispear. Se va concentrando en el momento en que Morris queda muy expuesto, en plena persecución. No había logrado evitar quedar atrapado en una respiración casi asmática cuando para empeorar las cosas, el propio Partido caía en desgracia.

Él se había casado y vivía en su propio hogar. Por mi parte, también había formado una familia y vivía en un departamento fronterizo.

Montevideo estaba en alerta constante. El propio Morris ya mantenía el plan y el bolso, dispuestos para la huída. Atravesaría el jardín de su casa, saldría por la puerta trasera y se precipitaría hasta llegar a mi casa. Ese sería el punto de partida para urdir la trama de su siguiente escape: hacia la frontera.

Es la voz de Morris quien relata lo acontecido:

—... son las once de la noche. Suena el timbre. Miramos detrás de la cortina y vemos que del otro lado de la puerta, hay un milico. Vemos, que estacionada sobre la calle, aguarda una *chanchita* azul. Para mí es suficiente, ha llegado el momento tan temido (tan esperado también). No hay nada que dudar, tengo que huir. Manoteo el bolso para correr y mi mujer me detiene. *Esperá, esperá, dejame ver qué pasa, es solo un policía...* Los pulmones me estallan. Ella abre una hendidija de la puerta y yo alcanzo a oír por lo bajo la voz del milico preguntando si acaso nos habían robado una garrafa de supergás, porque tienen al delincuente en el auto y...

La tensión del momento, el miedo y el alivio inmediato, nos sacude a pesar de conocer el desenlace. Mientras suspiramos aliviados dejamos escapar risas nerviosas. Nos abalanzamos sobre los platos.

Reponemos las bebidas. Algunos decidimos pasarnos al whisky.

—... hace dos noches llaman a mi compañera de trabajo para advertirle que los milicos están preparándose, vienen por mí.

El miedo dejaba caer sus acordes cada vez más cerca.

Dos días antes habíamos convocado una reunión en mi casa; prohibida, por supuesto. La tensión te aprieta los brazos, te oprime las sienes. El día anterior se llevaron a Luis, uno de nuestros compañeros, el teórico con quien intercambiamos ideas, propuestas, decisiones. El sobresalto te da vueltas, crece, se convierte en ahogo; y el ahogo en pánico. Puede delatarnos. Dependemos de la resistencia de un compañero, ¿resistiría

Luis? No hay tiempo de saberlo. Para mí, recibir ese aviso es la señal, confirma mi temor y también me permite actuar. Tengo que hacer algo, salir de la pasividad en que te sumerge el miedo. Pero me llega el anuncio y algo en mí vacila. Vacila una vez, vacila dos. Cuando nos jugamos nunca imaginamos que de verdad algo pueda sucedernos. Pero a la tercera vez, cuando llega una tercera vez... uno tiene que decidir.

Me mantengo alerta y trato de no precipitarme. Aún puedo razonar que no es habitual saber con antelación, por quién vienen.

Y esta noche –las 23 horas parecen destinadas– mi compañera de trabajo vuelve a decirme que acaba de recibir otra llamada anónima; esta vez en su propia casa. “Vienen por mí en este preciso momento...”

—Recuerdo la madrugada en que lo veo llegar, desencajado y el pecho se me aprieta. ¡Dios, sucedió hace más de veinte años. ¡Y aún...! Pero olvidé los detalles. Él me recuerda que estuvo dos o tres días en casa esperando que sus amigos rastrearán más información y midieran las consecuencias de su desaparición. En efecto, una vez más, su esposa llama al tercer día para anunciar que todo el desgraciado episodio había sido una falsa alarma. Su amigo Cristian se lo explicaría a su regreso.

Mientras él sigue relatando, yo pienso, cuánto quisiéramos borrar ciertos recuerdos. Podemos olvidar detalles, pero nunca el acontecimiento. Veo al grupo escuchar a Morris sin emitir sonido, en medio de un sagrado silencio. Todos conservamos en los viejos estuches, aquellos golpes...

De pronto en la escena del relato reaparece Saúl. Y emerge inédita en mi vida, una historia paralela. Nunca me había preguntado qué habría sido de aquel personaje.

Porque aquella amistad había continuado con los años y Morris y Saul solían encontrarse de tanto en tanto.

Una vez Saúl le pide dinero y la deuda se mantiene impaga hasta que Morris le advierte que lo necesita. Tiene que volver a reclamarlo por segunda vez, ya molesto por la promesa incumplida. Una gélida respuesta tensa más aún la línea y Morris no ve otra alternativa que enviar un abogado...

En cierto momento Saúl le hace una confidencia a Cristian, sin saber que este, también, es amigo de Morris.

—Sabés que el otro día un tipo quiso cobrarme una cuenta... (imagino su risa cascada irrumpiendo su propio secreto) ¿sabés qué hice? Llamé y le avisé que lo iban a buscar los milicos. Dejé pasar algunos días y volví a llamar. Dos veces lo llamé. La segunda, averigüé el teléfono de la mina que trabaja con él y la llamé a la casa. Le dije —la carcajada lo sacude— que habían salido en ese preciso momento a buscarlo. Me enteré de que el tipo *se rajó* del susto. ¡A ver si cree que me va a cobrar! A mí, ¿me va a cobrar a mí...? ¡ja!

Todos quedamos callados.

Conociendo a mi hermano le pregunto, no sin cierta ironía, si por fin había cobrado la deuda.

—No...

—(lo imaginé). ¿No lo viste más?

—Lo llamé furioso para putearlo y decirle que lo iba a reventar de un trompazo.

—¿...?

—Se puso a llorar el desgraciado. Me dijo que era eso, un desgraciado, que yo podía pegarle cuanto quisiera porque esa había sido su miserable vida. Lloraba. “Toda mi vida viví con miedo y con vergüenza. A mi padre lo deportaron y para salvarse tuvo que aceptar vigilar a otros. Sí, él fue un *capo*... y mi familia nunca pudo contarle; ser capo es una vergüenza, una maldita vergüenza —el tipo lloraba, te juro— lo habían llevado a un campo de exterminio. Había que ocultar la verdad, nunca

entendí por qué, él tenía que salvarse... y siempre, toda mi vida, vivimos con miedo...”

—También agregó que nunca había tenido suerte, que tampoco conseguía trabajo y que en esos infaustos días hasta su mujer lo había dejado, por otro, sin duda —hace una pausa—. Pero había más aún. En ese momento él no tenía ni un mango porque su negocio se había fundido. Yo podía pegarle si quería, total, ya nada le importaba.

El silencio que siguió no despertó mi conmiseración. Más bien exacerbó mi ironía. No miré a los otros.

—¿Le creíste? —volví a preguntar muy suavemente.

—Y... sí.

Otro silencio siguió a su respuesta.

—Saúl... de Tal..., ¿es dentista? —preguntó intrigada de pronto mi prima, quien hace años trabaja en la oficina de migración.

—Sí —dijo Morris, sorprendido; él y todos nosotros.

Ella carraspeó, se dio su tiempo antes de tomar la palabra y agregó:

—Me acuerdo muy bien de él... estuvo en mi oficina y logró que le entregaran su pasaje. Te aseguro que nadie conseguía pasajes gratis en esa época; él era tan hábil que logró convencer al contador —y luego de hacer una pausa, agrega riendo— ¡no cualquiera! Te cuento que le prometieron una casa, se fue con un contrato de trabajo —se ríe— porque precisaban dentistas en el país... —hizo otra pausa para terminar de trazar la completa historia del relato— Y no tengas duda que su mujer lo acompañó, por supuesto.

Se hizo un silencio que todos sostuvimos sin interrumpir. Y como seguíamos mirándola asombrados, ella agregó

—¿Saben por qué me acuerdo tan bien de él? Porque tenía unas orejas impresionantes...



## EL LIBRO QUE FALTA

*a Bernardo  
Termas de Gravatal, 2005  
...podría constituirse en una biblioteca sideral  
-a mais grande do mundo-  
si para cada muerto hubiese un libro  
que guardase su historia.*

Es preciso remontar desde el Río de la Plata, llegar a Santa Catarina y arriesgarse entre los pueblitos que proliferan por la zona. Descubrir las Termas de Gravatal requiere por fin doblar en un recodo y entregarse al apretado abrazo de su cadena montañosa.

Entonces sí. Te sumergirás en las fragancias del jardín y en la tibieza de sus aguas. Al costado de la piscina, pedirás camarones y *caipiroshka* anticipando la hora del almuerzo. Puedes entonces volverte asiduo del hotel; casi un adicto.

Aquellas aguas termales van a enlentecer tu cerebro y los bostezos suelen culminar en una desmayada y opípara siesta. Podrías escuchar, además, en la tarde algunas historias: a Bernardo, hasta ese momento, nunca lo había notado.

Un movimiento cruel impidió a la mañana siguiente la caminata programada y mientras todo el mundo circulaba a mi alrededor, me vi obligada a permanecer en la glorieta del jardín. Llevaba mi libro y en él pensaba enfrascarme. Una lugareña cuarentona llega con un anciano del brazo. Este me saluda muy amable y toma asiento muy cerca de mí. Lo miro de soslayo y bajando la vista al libro, ruego al cielo que no me interrumpa. Ella se aparta un trecho, como buena acompañante

o ¿enfermera? Entredichos posteriores habrían de mejorar el status de ella y la reputación viril de él.

Juro que esta vez no estaba interesada en intercambio alguno con el anciano. Solo pretendía continuar con mi lectura. Pero cuando un viejo está empeinado en hablar de sí mismo, es aconsejable suspender cualquier labor sin resistir. Debí suponer que estimulado ante una presencia desconocida, había hallado una nueva oportunidad para “irradiar” su magnetismo.

Dijo algo y por cortesía levanté la vista y sonreí. No perdió el tiempo.

—¿Sabe quién soy yo? —arremetió sin preámbulos.

Más que la promesa de una nueva historia, fue su actitud arrogante la que promovió mi curiosidad. Si mis labios dibujaron una sonrisa irónica, él no pareció notarlo. Dijo su nombre y apellido, dijo que venía de São Paulo, agregó que había cumplido los setenta y nueve años. Y la piedra de toque.

—Vengo de Polonia.

Las azaleas que nos rodeaban se sacudieron y deflagraron su aroma mediterráneo.

Al principio mastiqué un disgusto. No quería escucharle. No quería oír más ancianos con historias de guerra removiendo las mismas neuronas de siempre. Alcanza con aproximarse para desencadenar esos lastimosos sentimientos condenados a repetirse.

Mientras refunfuñaba por la interrupción de mi semana de descanso y mascullaba frases ininteligibles, irrumpe el recuerdo de mi padre con su rostro redondo enmarcado apenas por su escaso cabello lacio y rubio. Pero a diferencia de lo que retengo como imagen habitual, esta vez, mi padre no sonreía.

Creo que desaprobó mi reacción. Porque él supo frecuentar estas mismas termas durante años y tal vez él conociera a Bernardo, a su historia; tal vez incluso le habría relatado la

suya; esa que nunca logré saber. O quizás, ambos hubieran permanecido en silencio rememorando los acontecimientos que les hicieran renegar de su patria.

Resistí todo lo que pude.

Al día siguiente lo veo disertar y declamar al borde de la piscina, rodeado de huéspedes. Antes de acomodarme ya me había informado que año tras año Bernardo solía instalarse en las termas con su encantadora esposa. Todos la recordaban con afecto. Pero como ella ya no se encuentra en condiciones de trasladarse, puede conjeturarse que él ha visto la oportunidad de tomar su lugar y usurparle a ella, el protagonismo.

Cuando la carcajada general coronó el final de su historia, me vio. Se levantó, llegó hasta mí y me dijo en voz bien alta, seguramente para acumular testigos.

—Usted va a escribir la historia de mi vida. Y si es necesario iré a Montevideo a contarle más detalles.

Se parecía a un acoso, ¿qué había averiguado sobre mí este viejo? Ya había corroborado que la discreción no formaba parte del entorno. Una vez más se imponía con arrogancia y pensé que este viejo presumido y fanfarrón no iba a inducirme a hacer lo que no quería. Definitivamente no haré nada de eso —decidí en aquel momento entre divertida e irritada.

Sí. Pero ¡ni modo! Acaso ¿puede uno hurtarse al destino?

Debo confesar que cuando evocó Polonia en aquel primer encuentro, me sentí intrigada y ya había unido su relato con el de mi padre. Antes de darme cuenta entonces, ya estaba dispuesta a escuchar hasta la última palabra de lo que Bernardo deseara eternizar.

¿¡Una historia más!?

*Pienso en las bibliotecas: en otra gigantesca,  
que guardase la huella de lo que no les fue dado vivir,  
a aquellos que fueron taladrados por  
la violencia de los tiempos.*

Bernardo desembarcó en São Paulo a los diecisiete años cuando los hornos todavía permanecían en ascuas. En ellos perecería su familia, sus padres, su hermana. Él me deja ver la marca indeleble de su dolor en un breve silencio, en el asentimiento repetido con la cabeza o en la mirada que se clava más allá, o más acá, vaya a saber dónde.

Traía una dirección arrugada en el bolsillo, como todos sus paisanos. Fue mostrando aquella anotación hasta dar con la casa, donde “el polaco” le dio alojamiento en una habitación contigua al taller. Pasados los primeros días le entregó algunas carteras para que las vendiera; unas pocas instrucciones más y lo soltó por la ciudad.

Comenzó su nueva vida. Vendía carteras, entregaba el dinero al amigo, volvía a las calles.

Pero ya estaba escrito, que algún día, cargado de carteras y caminando por una calle solitaria, lo vería al doblar la esquina.

De todos modos, ninguno de los dos podía creerlo.

—¡Bernardo!

—¡Maestro!

En aquel abrazo un tanto confundido, parecían los fantasmas del pasado predestinados a reencontrarse. Balbucearon explicaciones, sin poder evitar la vieja interrogante, tan removedora como el mismo encuentro.

—¿¡Cómo... y el violín!? ¿Cambiaste el violín por esas carteras... ¡con tu talento!? Tú eras una promesa... —la paralización que los envolvió, desbordó en un silencio devastador, hasta que el maestro descargó su disparo final—, tienes que

comprar un violín ya mismo, ¡tienes que ponerte a practicar!  
Yo conozco...

¿Cuánto habría quedado atrás la vida en su pueblo natal donde el muchacho solía tocar el violín? Su maestro lo había presentado en teatros y él había realizado en ellos, sus primeras actuaciones. Su rostro dibujaba una cálida sonrisa al recordarlo.

¿El mío también? Sentí plegarse mis mejillas y aunque deshice el movimiento, mi gesto permaneció, sorprendido de sí mismo.

Y el muchacho sucumbió al ensueño y con nuevas emociones reanudó la vieja pasión. Al menos aquella mañana en la glorieta su rostro se había iluminado por un instante. ¡Y el mío, acompañando las quimeras del mundo!

Aunque su situación resultaba tan inoportuna como la hostilidad con que su amigo polaco recibió su decisión, Bernardo no intentó evitar la compra de su nuevo violín. Lo contempló largamente observando su madera un tanto rojiza, acarició sus hombros y con febril entusiasmo se dispuso a practicar pese a los airados reproches que escuchaba sin descanso en casa de su paisano.

—¡Tú! ¡Con ese violín... vas a morir de hambre tres veces por día!

Bernardo retornó a las viejas escenas. A la tardecita, con el maestro a su lado y el estuche agarrado con fuerza, languidecía en la puerta de los teatros. La espera se tornaba inquietante, podía empecinarse a lo largo del día y la noche sin cesar, aunque la oportunidad real ya hubiese desaparecido.

La ira de su anfitrión, por otra parte, se acrecentaba al ver que un muchacho capaz como él, se malograra con ilusiones tan estúpidas. Bernardo decidió mudarse.

Y pasó hambre.

Estaba escrito.

Regresó un día con la cabeza baja. Pidió hablar con su paisano. Aunque no estaba en casa, la madre le permitió entrar y esperarlo. Todo el día tuvo tiempo de meditar su situación. Cuando por fin llegó El Polaco ya había anochecido. Bernardo le pidió una nueva oportunidad.

*Paisano* montó en cólera, nunca había tenido que tratar con un imbécil —*shmock*, le dijo— tan empecinado como tú. Él, que le había proporcionado casa y trabajo, que soportó esos malditos ensayos de violín que ni siquiera dejaban dormir a su madre...

Bernardo acurrucaba su vergüenza y su ingratitud, intimidándose lo suficiente para que *Paisano* se fuera calmando. En efecto, debió ser convincente. *Paisano* lo miró un largo rato, midiéndolo, sin que ninguno emitiera sonido.

—Te voy a dar otra maldita oportunidad —dijo aún furioso. Bernardo inspiró con lentitud—, con una sola condición —un brillo de acero cruzó la mirada del Polaco cuando agregó—: Vas a jurar que nunca más en tu vida volverás a tocar el violín.

A esa altura —yo escuchaba la historia en sordina— levanté la cabeza para echar un vistazo al anciano. Impasible, en su octava década, su resignada respuesta emergió vaciada de resonancia.

—¡¡¡Lo juro!!!

Pero en ese momento fui yo quien a la edad de veinte años me sentí condenada, despojada para siempre de mi vocación a cambio de...

Él observó mi mirada, pero yo no pude descifrar la suya.

—¿Y usted...? —balbuceé temiendo escuchar precisamente esa, su “solución final”.

—Nunca más volví a tocar el violín.

—¡Nunca? —la herida me punzaba— ¿Ni por *hobby*, ni en casa?

—Nunca. ¡¡¡Lo había prometido!!!

Bernardo volvió a las carteras, la vida volvió a sonreírle. Al tiempo logró traer a su novia y casarse. Su empresa siguió cre-

ciendo. Este hombre que sabe que nada le debe a Dios, nunca lo nombra. Tampoco le reclama que la guerra desapareciera a sus padres, a su hermana. Su discurso se cierra en sí mismo, en su imposibilidad de convencerlos de reemplazar los hielos de Polonia por la exótica calidez de Brasil.

Por un momento creí que allí finalizaba su relato.

—Cumplíamos 25 años de casados —continuó—. Invité a mi esposa y a mis dos hijos a celebrar el acontecimiento en uno de los mejores restaurantes, con música en vivo y reserva de mesa. En medio del brindis, sentí que un dedo índice golpeaba mi hombro con suavidad e insistencia. Recuerdo haber girado la cabeza un poco contrariado y aunque me llevó unos segundos reconocerlo, me levanté rápidamente, emocionado, exclamando una vez más:

—¡Maestro!

Otra vez el abrazo une los tiempos y atraviesa la cuerda sensible del *leit motiv* que acompasa cada vida. Ciertas preguntas tienen su tiempo de respuesta; nada universal, cada quien habrá de responder por sí mismo.

—Ven, ven conmigo —le dice de pronto el maestro tomándolo del brazo con firmeza.

Su mujer, sorprendida, hace un breve gesto de incorporarse. Pero el llamado no la incluye y lentamente vuelve a sentarse observando cómo aquel viejo profesor —a quien ella no lograba identificar— conducía a su marido hacia el lugar de la orquesta.

En ese momento los músicos tomaban su descanso. El maestro se aproxima y presenta a Bernardo sin mencionar su nombre. Cuando llega al violinista, coloca una mano sobre su hombro, mira a ambos y apuntando a uno y a otro, dice con voz enronquecida:

—Ese violín que tú tocas... ¡es de este hombre!

Un *fortissimo* de platillos estalla dentro de Bernardo quemando los últimos rescoldos de sus reminiscencias.

Cuando el maestro lo acompaña de regreso a la mesa, a su familia, a su bienestar, antes de separarse le escucha mascullar como despedida:

—Déjame decirte algo más; si no consigo tocar cada noche, créeme, no tendré para comer al otro día.

Al siguiente año supe que Bernardo ya no regresaría.

Mientras me acercaba a la piscina iba imaginando la descomunal biblioteca digital de un supuesto futuro anterior

*que guardase el relato de lo que habría sido*

*si hubiera elegido otras alternativas de vida.*

*Sí, una biblioteca de lo que nunca fue.*

Y salté hacia el agua nadando serenamente sin asomar la cabeza.



## UNA MANCHA DE ÓXIDO

Era un presagio. No parecía venir de la noche.

El placer de un sueño se rasgó justo antes de que el despertador me sobresaltase, como suele hacer. Abro los ojos y me doy de bruces contra el desasosiego. Me incorporo adormilada y suspiro hondo. De pronto, la orden, imperiosa, sube desde mis entrañas sacudiéndome.

El impulso es tan irrefrenable como urgentes son las ganas de correr. Obedezco. Salto fuera y me incorporo al ritmo que se despierta en la calle.

Con la marca de una noche de furor y sexo en la piel, el frescor de la mañana quema ese resto de laxitud que aún duerme, sin sueños. Corro. ¡Qué gusto mi barrio! Verde, como lo recita Federico, sabiendo a verde, prodigando explosiones de luz sobre sus formas.

Visceral, un impulso desborda.

Corre. Su energía estalla. Ladea las canchas de tenis hasta la plaza. Aspira su misma esencia cuando esta, solitaria, la arroja con su impúdico verde.

Aún no son las siete. El club no ha abierto sus puertas y es miércoles: lábiles estructuras de hierro anuncian la feria semanal. Cuatro tirantes en el suelo anticipan el techo. Algunas blusas asoman en las cajas y aguardan su turno para ser exhibidas

Golpes de metal, motores que traquetean, cajones que se precipitan al suelo, martillazos por doquier aumentan su estridencia hasta enloquecer la plaza.

De pronto, en medio de la carrera, ella vacila. Un silencio súbito desciende como un manto de plomo sobre sus hombros, se cierne como una bruma, se vuelve sólido.

¿Qué pasó? ¡Se vació el mundo! Miro a mi alrededor. Nadie hay a la vista. Nadie entre los hierros. ¿Nadie? caminando. Este silencio ensordecedor... este desasosiego. Giro la cabeza. Detrás de mí, una *coupe* negra sinuosa y de vidrios oscuros se desplaza, se materializa en pleno movimiento, fría como su sombra.

No advierto su motor.

A lo largo de la cuadra, el hueco que enmarcan los tirantes, se vuelve un abismo que la arrastra. Disminuye la carrera, apremiada a poblarlo.

Una glorieta aparece en aquella esquina donde nunca hubo. La senda que conduce hacia ella tiende una alfombra. No vacila. Se yergue seductora, como si desfilara, ataviada con su equipo nuevo. Y avanza. Nada parece impedirlo.

Miro hacia los lados, sonrío. ¡Sí, la multitud me está aclamando!

Acorto el paso, me yergo: acaban de anunciar que he obtenido el Premio Nacional de Tennis y camino sobre la alfombra roja rumbo al podio, para recibirlo. A mi lado estallan los aplausos.

Sonrío. Recuerdo que me había negado a practicar el *saque* para no demorar el placer del *drive*. Y ahora podía jactarme de que no había sido necesario.

En medio de la gritería, dosificando el orgullo con sonrisas, echando rápidas ojeadas al gozoso entorno, voy acercándome al estrado donde ya vislumbro el luminoso trofeo que me espera.

En ese momento, lo veo.

Lo detecto al pasar. Su mirada recorre mi cuerpo y salta disparada desde un rostro joven enmarcado en una barba algo descuidada. Aún retengo su semblante. Una boina negra encasquetada hasta las orejas, el buzo gris plomo y un pañuelo negro al cuello. Resulta discordante en la multitud. Oscura y violenta es la atracción que me acomete. Sus ojos fijos resbalan

implacables por mi cuello, mi vientre... El miedo recorre mis omóplatos. Demasiado hosco el matiz de su mirada. Y su boca comienza a deformarse en un rictus mordaz.

¡Mi desasosiego tiene ya su figura!

Esa imagen se ha interpuesto entre mi paso y el podio. Trato de no detenerme, de trasegar el temor. Continúo, decidida a ganar el estrado. El maestro de ceremonias se inclina hacia mí, tiende la mano. El presentador levanta la copa, los aplausos arrecian... ¡Ah! Me siento flaquear. No puedo evitar que mis ojos recorran la multitud buscando el rostro que me ha arrebatado. Giro la cabeza sintiendo un tirón en el cuello. Pero él... ya no está. Ha desaparecido.

El viento se levanta de pronto con fuerza. Aquella ráfaga acaba por aventar mi ensueño, me acaricia, juega con mis cabellos.

—*La estás mirando ¿no? A la de blanco, digo, está buena para... ja, claro, la estás mirando, qué te voy a contar yo. Sos un maestro. La ves correr, la seguís con la mirada. ¿La conocés?... Sería más fácil... o quizás no.*

Entorna los ojos en silencio y el rictus tuerce sus labios. Toma una pastilla y la engulle.

—*Es flaquita, pelo largo y negro, joven como te gustan, ¿verdad? Corre feliz... no sabe lo que le espera si te ocupas de ella, ¡je! Te impresiona verla disfrutar, ¡eh! ¿No lo soportás mucho, no?*

Sonríe estirando las comisuras. Lo mira, ausente. Se sabe solo. Se inclina hacia la radio pero retrocede.

—*Está Darwin... ahora*

De improviso, vuelve a incorporarse. Toma los prismáticos.

—*Qué pasó... ¡dejó de correr!*

—...

—*¿Viste qué le pasó?*

Bruscamente gira la cabeza a los lados. Y repite el gesto.

—*Mírala cómo va de distraída, es la mejor perspectiva... no hay nadie, no es mal momento, ¡eh!*

(Enciende el motor)

—*¿Decidiste hacerlo ahora, te vas a arrimar?... ¡Nunca decís nada!*

Agito mis temores matutinos y decido cambiar de rumbo. Me dirijo hacia el centro de la plaza deseando hundirme en medio del follaje. Me acerco sin haber divisado a José, el viejo barrendero. El hombre hace el trabajo con su parsimonia sin tiempo. Pero José percibe mi sobresalto y sonríe con sus escasos dientes.

—*... ¡ay, mujer! Usted ha de saber que los fantasmas de esta plaza vienen siempre a esta hora temprana. —me observa con cuidado y agrega— Por su rostro, diría que los ha visto.*

Otra vez el desasosiego.

—*Este habla demasiado. Si continúa interfiriendo... no, yo tengo que concentrarme. Ahí va, erguida ella. Triunfante, tonta, como todas las mujeres. Me veo... sí, me veo con ese cuerpo, con ese cuello, arrasando de ella lo que quiera... tocarla... ¡lo yo que quiera! —Deja escapar el aire en un estertor y tose—. Sí. Ella se pasea delante de mí, siempre me provocan. Vienen a ofrecerse, a mí, al hombre fuerte. Yo sé bien cuánto les gusta un hombre fuerte.*

Mientras él barre y empuja las hojas me siento mareada y me detengo al borde de lo que fue un estanque. Cierro los ojos para evitar que todo gire alrededor sin lograr detenerlo. No sé si es peor.

Aquella voz cada vez más cascada, parece ulular desde el viento.

Cruje una rama. Hago un esfuerzo por desprenderme de esa voz, de esos fantasmas, polizontes en mi cabeza, memorias de viejo. Logro abrir los ojos. El viejo...

¿Cuál viejo?

Un escalofrío surca mi espalda como un rompehielos. Qué digo, nunca hubo un viejo...

En medio de los árboles añosos, todo parece volverse enigma para ella. El bostezo de las residencias parpadean con insolentes luces; la ráfaga de murmullos que baja con el viento; voces casi humanas que aúllan entre las ramas. Asediada por signos, sin poder atrapar sus claves, ella busca los bordes, necesita salirse de la escena.

Ya no corro. Quiero encontrar mi barrio, hoy, necesito volver a sentirlo mío. Amo sus jardines y sus flores vanidosas, sus portales de madera y sus casas bajas con faroles antiguos. También el túmulo de ladrillos que se levanta en aquella esquina, nunca recuerdo en honor a quién... fragmentos diseminados con que mi desasosiego juega...

*—Dio vuelta hacia la plaza. No has dejado de observarla. Qué le pasó, se comporta de manera muy diferente. Tal vez, tal vez sabe que la estás mirando...*

*(Es posible, no sería la primera. Me gusta cuando perciben mi presencia. Las atemoriza, sí, pero también la desean.)*

*—Ellas te dan todo el poder (ríe). Les gusta que los hombres hagan con ellas lo que quieren, ¿verdad?*

*(Y lo hago. No sé por qué terminan teniéndome miedo.)*  
Pasa la lengua por los labios mientras vuelve a vigilarla.

*—Nosotros sabemos lo que queremos, no titubeamos y vamos, hasta las últimas consecuencias. ¡Je! La imaginación de*

*ellas no llega tan lejos, las mujeres son vulgares y triviales... nunca entienden cómo complacer a un hombre.*

*(Este estúpido habla demasiado)*

*—¿Pero qué hace boyando en medio de la plaza?*

*(¿Y si me apareciera ahora? No, no es el momento. Cuando la vea serena le diré:*

*—¡Hola, preciosa!, ¿puedo caminar contigo? ¿Te acordás de mí?*

*—No, la verdad que no, ¿cómo te llamás? —me dirá complacida, sonriente, intrigada.*

*—Fuimos compañeros de colegio, yo me acuerdo bien de vos, eras un poco tímida, ¿no? (él sonríe espectacularmente). Ahora te veo tan espléndida. Ya me gustabas en aquel entonces. ¿Tomamos un café...?*

*Le diré que la recuerdo, aunque ella no a mí. La invito a tomar un café, sé cómo hacerlo, nunca me ha fallado).*

No sé por qué me empecino en rastrear la *coupé* negra aunque no está a la vista... o no la veo.

Tengo que apurar el paso, entrar al club. Refugiarme, no sé de qué. Pero mis pies me arrastran en dirección a la esquina. Las casas... las casas ¡qué lástima!, tanta reja deja esa inquietante impresión de un tren en cautiverio.

En la esquina, en la casita de la minúscula escalera, alguien asoma en camión a recoger el diario y apaga la luz del frente. La siguiente, con ese garaje desmesurado y las rejas... Esta otra, recién pintada de colores ocres. Todas perfilan gran dignidad para su modestia. Vieja cuadra sin sorpresas... ¡Oh, no! Vuelve a errar. No debió elegir esta cuadra... Allá está el *chalet* en la otra esquina. Nadie vive en ese lugar desde hace mucho tiempo. Ha permanecido amurallado, como clausurado. ¡Era de esperar!... Pero hoy, por encima del garaje una tímida luz ilumina su flanco. ¿Habrá alguien en casa?

¡Mierda! No puedo creer dónde vine a parar. Esta casa... Sé muy bien de quién es. Las puertas del garaje están marcadas con el dolor del óxido. Hace un tiempo una mano escribió *asesino* en su acceso y al cabo de unos días, otra mano compasiva o avergonzada tal vez, limpió la tinta.

La tinta, al menos.

Fue en su propia casa que él... lo apresaron luego de los festejos de aquel fin de año. Era un día como hoy. Había sido su ¿cuarta? víctima. Tenía veinte años.

El temor anida en mi espalda. Va a estallar... Pero, ¿sé que él está preso... podría no estarlo? Había alterado nuestro verano. Durante meses la televisión se hartó de mostrar su arrogancia. Aquella impostura dejó herido al barrio.

*(Vio la casa, recordará el aviso en la puerta del garaje. Por algo pasa por ahí. Me percibe bien, ya sabe que la estoy buscando, por eso se pone inquieta. Sí, esa es mi chica.)*

Sus pensamientos zozobran sepultados en el cuadrángulo verde. Los eucaliptos se yerguen cumpliendo su misión de alabarderos del espacio. ¿La feria se desvanece? Para dar término a este desasosiego que amenaza permanecer, quiere cruzar la calle y entrar al club. Ya estaría abierto y la rutina de ejercicios habría de ponerle fin a esta extraña suspensión en el tiempo.

Comenzaba a cruzar cuando un chirrido de neumáticos la detiene. La devuelve con brusquedad a la acera, en este día, en esta orilla donde rompe el año y rompe el siglo.

Me falta el aire, todo pesa como un muerto. Cruzo el cordón de la vereda vacilando una vez más. Un sonido metálico atraviesa mis oídos. Finalmente veo la feria. Los hierros, los tirantes, la mercancía... y la gente. La gente que ya comienza a

merodear. Nada ha cambiado, me digo. Me siento aliviada. ¿Aliviada?

Es tiempo de cruzar la calle, piensa, ansiosa. Y todo parece recomenzar. No puede evitar presentirlo. Gira la cabeza y a la altura de la glorieta ve la *coupé* de vidrios oscuros estacionada con el motor apagado. Una vez más el silencio es gris; el desasosiego se desplaza, se escabulle.

Imperceptible, la *coupé* negra emprende la marcha. Da vuelta en la esquina y viene detrás.

Ella no ha podido moverse, forzada a esperar... ¿qué? En la espalda siente el filo, sibilante. Adivina una sombra devorando la suya. Los vidrios oscuros le impiden ver. Los segundos se congelan. La *coupé* atraviesa por delante de ella con una marcha morosa. Se desplaza en dirección al mar, no ha roto el silencio.

Ella aprieta el paso, cruza la calle y respira hondo.

Pero la *coupé* ha girado a la derecha. Se ha detenido en la misma esquina del club.

Es hacia esa esquina que precisamente ella se encamina. Como si supiese...



## EL ECO DE MIS PASOS

*a Lito*

Los últimos metros fueron los más estruendosos de aquel largo trayecto. El tren los traqueteó, arrasó y engulló al fin, antes de detenerse en el andén de aquel pueblito español, tan empeñado en ocultarse entre las sierras. La opresión en mi garganta se hizo más intensa, ¡había llegado a destino!

Miré por la ventana de mi compartimiento. La estación lucía cierto estilo ecléctico, con arcadas de medio punto y macetones arábigos a los lados, indicando una influencia andaluza. Bien ganada su dignidad, preservada con orgullo, se mantenía prolijamente pintada de blanco.

De pronto, desde ambos flancos, dos puertas –invisibles desde el frente– se abrieron con un golpe seco, expulsando de su interior a los guardias. Estos, hicieron su entrada marcando el paso con un ritmo corto y rápido. Como viejos soldaditos de plomo llenos de energía recién acopiada, encasquetaron sus quepis a la par, se desplazaron algunos hacia un lado del hangar, y el resto hacia el otro extremo y en un alarde de precisión, intercambiaron silbatos breves, morisquetas y señales enigmáticas.

Para una localidad tan pequeña aquella multitud desbordando el apeadero me hacía pensar que todo el pueblo parecía haberse congregado allí. ¿Vendría en este tren alguien merecedor de tal agasajo?

Tomé la maleta, apretada entre mis pies como un perro fiel, dejé suspirar un momento mis pulmones y me dispuse a descender. Repasé mentalmente las fotos de mis primos, para reconocer quién de ellos vendría por mí. Desde luego la tía María

Rosa estaría demasiado vieja para aguardar de pie la llegada del hijo de su hermano que, por vez primera y desde Montevideo, se avenía por fin a conocer a la familia.

¡Por qué habré dejado pasar tanto tiempo! Arrastrando junto con mi equipaje un resto de inquietud y remordimiento, vacilé un instante invadido por el impulso de retroceder, de esconderme en el tren y proseguir viaje. Pero allí estábamos; yo llegando y ellos esperándome. Y la curiosidad que se había despertado en mí, hacía ya dos años, borraba toda vacilación.

Fue cuando bajé los tres escalones y puse un pie en tierra, que el acontecimiento volvió sobre mí, derribándome como un infarto: ése era el pueblo de mi padre. Estaba pisando el mismo suelo que él abandonó hacía más de sesenta años, sin retornar jamás.

El vértigo hizo vacilar mi entendimiento hacia la extrañeza, donde aquel tiempo y este, parecían darse cita en la punta de mi pie.

Interrumpí mis cavilaciones. Eché un vistazo a mi alrededor y antes de reconocer alguno de aquellos rostros que parecían elevarse hacia mí, José estaba a mi lado y con una ancha sonrisa, me gritaba:

—¿Federico...?

De pronto yo estaba en sus brazos y él en los míos. Ese era *mi primo... un desconocido... ¿qué estaba haciendo yo allí...? ¿Con quién? Nos palmeábamos las espaldas haciendo mucho ruido, para borrar la mutua turbación.*

—Hombre, que gusto tenerte entre nosotros, ya era tiempo... —y otros y otros apretones siguieron, sin que pudiera saber qué parentesco me unía a aquellos hombres y mujeres que se sucedían entre mis brazos, a aquellos niños que parecían revolotear con las sierras alrededor nuestro. Aún no reaccionaba cuando ya estaban cargando mi maleta y me conducían hasta un enorme automóvil negro, despintado... el tonillo español

empezaba a rodearme con garbo y penetraba en mi cerebro como una caricia plena de matices.

Arrancamos. Detrás de nosotros tres o cuatro autos acompañados en caravana, vuelven a evocarme la impresión de *demasiada gente*. Todas las preguntas que traía conmigo, se prologaron en un comentario.

—Cuánta gente había en esa estación... ¿venían por alguien en especial?

—¡Por ti, hombre...! —respondió José con una carcajada, disfrutando de antemano la función de cicerone que iba a cumplir para mis desconciertos, durante toda aquella semana que yo peregrinaría por sus alrededores.

—Por... ¿mí? —no podía creerlo.

—Claro... en este pueblo casi todos somos parientes. Y han venido a conocer al hijo de Francisco Pereyra. Puedes apostar que los viejos recuerdan a tu padre... no fueron muchos los que abandonaron el pueblo y España, para irse al otro lado del mundo y ya nunca volver! —su voz brotaba con alegría, sin sombra de reproche— Hombre —agregó con voz de complicidad—: creo que todos van a decirte que te le pareces a él como una gota de agua a otra... digo ¡por las fotos!

*Casi todos somos parientes*. Eso no lograba encajar en mi cabeza. ¿¡Todo un pueblo...!>? La frase me hace el efecto de una bofetada. El horror me eriza la piel. De golpe, mi lejana y desconocida familia se ha vuelto una tribu montaraz y salvaje, poblada en base a fornicaciones culposas, incestos y violaciones...

—Todos... ¿parientes? —mi voz esbozó lo que mi silencio concluyó. Sensible, José ahuyentó mis pensamientos sin dejar de reírse de mí y ordenó los lazos.

Unas pocas familias habían colonizado aquel lugar. A través de los años comenzaron a escasear pobladores nuevos ya que la gente prefería instalarse en las grandes ciudades donde la

felicidad parecía venderse a raudales. Muchas veces los varones –sobre todo los varones– mordidos por el hipnotismo urbano marchan como sonámbulos en pos de aquella luminosidad. La ciudad –¿su sonrisa socarrona lo instala entre los impolutos?– nunca resulta el paraíso prometido, pero allí eligen sus mujeres y esa es la felicidad que traen de regreso, la que renueva cada vez, al pueblo.

Los recambios, sin ser demasiados, habían resultado los justos para no caer en desprolijidades. ¿Estaba yo satisfecho ahora?

¿Satisfecho?

Ya me sentía en deuda con aquel pueblo. No sé si por la fuerte presencia con la que me habían marcado o por la perenne huella que había dejado el abandono de mi padre.

Debo ser además –me dije tratando de recuperar mi distancia– debo ser el evento del año en el pueblo. Me odié por pensarlo.

Aún no logro recordar en detalle todo lo que me sucedió, aunque se presente enmarcado en un empinado paraje de sierras, siempre señalando al cielo. La semana se bamboleaba desde mi viejo desasosiego hacia una desconocida paz que se iba introduciendo por mis poros.

Una nueva emoción me acunaba con afectos y cánticos. El rasguído de las guitarras contaba historias que se abrían como abanico en sonos de fandango.

Durante algún tiempo luego de mi regreso a casa, me desconcertaba la imagen de un metrónomo que percutía sin cesar mis oídos con ritmo lento, apacible. Insistió y se repitió hasta que el instrumento se borró de la imagen y la escena se volvió pura percusión. Fue entonces que en su lugar, pude recuperar el eco de mis pasos resonando por las callejuelas del pueblo.

*... mis pasos resonando por las callejuelas del pueblo...*

Sí, me gustaba deambular solo, sintiendo en mi piel la aspereza de los adoquines, los muros de las casas, las manchas de color en los balcones y el sabor a frijoles fritos en el aire.

Al principio el eco parecía tener vida propia. Restallaba con fuerza en las paredes, a cada paso. Luego se absorbía en humos azules para hacerse voluta entre los balcones, rumbo al cielo, arrastrando consigo aromas de albahaca y tomillo que se desprendía de los macetones. El eco se llevaba mis pasos, me despojaba de mi propia acción para reclamarme desde no sé qué otro lugar.

Sin que mis pies posaran, por momentos el sonido reverberaba en el silencio, aun cuando nadie cruzara ninguna calle.

Los sigilos se derramaban solitarios dentro de las casas, las cocinas, los almacenes, las tabernas, las tiendas... nadie andaba por las angostas veredas. La calle quedaba despojada, disponible. Y el pueblo parecía empeñado en transmitirme señales que yo no sabía reconocer.

Y entonces sucedió algo extraño. Mientras el eco de mis pasos resonaba en el pueblo de mi padre, aquel iceberg oscuro que albergaba mi pecho comenzaba a ablandarse. Gota a gota destilaba lágrimas como letras minúsculas que en tantos años no había sabido descifrar...

Y mis preguntas fugaban para regresar, percibían la señal del clan familiar, aún sin comprender. Rozaban mi propio escondrijo. Casi podía oírlas restituirse como sollozos hiriéndome, con un chasquido.

Era necesario recuperar todas las preguntas, atravesar ese dolor para hacerlas mías.

¿Qué le había sucedido a mi padre? ¿Qué resonaba en mí de lo que a él le había ocurrido?

Creo que nunca había querido pensarlo. No sé qué temía encontrar. Aún ahora, todavía ignoro si lo deseo. Y a la vez, una urgencia, que carcome mi estómago de impaciencia e irritación, despierta. Entiendo por fin que en pos de esas preguntas... ¡me vi arrojado a saber!

Llegaba con páginas en blanco en busca de los trazos que habían sellado la vida de mi padre y luego, la mía. De la rebeldía de sus veinte años que lo impulsaron a dejarlo todo pretendiendo cortar la historia con un cruento hachazo. Tormentosas décadas que saltaron desde él para anidar en mi cuerpo. Y las hice mías. Me vi repitiendo su historia, impelido a dejar mi casa un año después de su muerte. Cumplía yo, entonces, veinte años.

Retroceder con la historia para recuperar el momento actual, en aquel pueblo, era un vaivén que me arrullaba cada día. El tiempo transcurría estrenando el placer de quien se pierde sin temor, de quien se descubre eslabón en una cadena que ha sostenido el transcurso de la vida. Lograr develar ese saber no sabido abre la entrada a un espacio habitado por un abuelo, un tatarabuelo y quizás aún, al mismo Carlos III.

Pero no funcionó así con mi padre.

¿Habría dejado él todo para ir en busca de... lo que nunca pudo hallar...? Tal vez fuera esta paz, que reverberaba en mis pasos sobre los adoquines, la que él había abandonado. ¿Habría venido yo por mi herencia?

María Rosa, mi tía vieja, como todas las mujeres de su condición, era una viuda arrugada y alegre pese a su eterna estampa de luto. O tal vez gracias a ella, se permitía recoger las mieses perdidas en el regazo de su atuendo. El negro, estrenado con la muerte de su madre, supo sostenerse con sucesivos difuntos. Nunca faltan muertos en una familia numerosa. Luego, los ritos se entrelazan, se vuelven vicio. O costumbre. Tal vez una impronta de mujeres exhibe con impudicia sus muertos, sin dejar de cargarlos, sin cesar de hacerlos presentes. Los muertos son imprescindibles para la vida de un pueblo a condición de permanecer invisibles. Como el follaje que los rodea, como las sierras que los contiene. Ahíta de duelos, la tía

vieja se engalana con el último muerto que lleva consigo desde hace diez años, su marido.

Las preguntas que había imaginado perentorias, no acudieron a mí. Me fui impregnando de evocaciones al ritmo de su voz cálida y grave, del sepia indefinido de sus fotos tiñendo vidas desaparecidas. Mi historia parecía volver a empezar desde aquel cúmulo de rostros ordenados con el rigor de las fechas; desde la imagen de ese mocetón que llevaba mis rasgos, en la tristeza eterna del padre mío. Su mirada huyendo por el horizonte, el peso de su silencio, iban sellando para siempre el recuerdo.

Desde los confines volvían mis diecinueve años, cuando aún no desplegaba las preguntas y él ya se había muerto. Me había abandonado, también a mí.

Recorriendo aquel álbum de imágenes, la tía vieja se detenía para alternar sus seres entrañables con otros, que suponía míos.

Yo percibía su mirada demorándose en mi rostro, cuando no se creía a su vez, observada. Esa mirada, esa insistencia suya... se transformaba en un llamado tan fuerte que no pude sustraerme.

Turbado por la falta de palabras que el gesto desnudaba, no lograba encontrar la frase justa que terciara nuestras miradas. De pronto ya no fue necesario. Giré mi cabeza y me dejé capturar en sus ojos húmedos y pardos, en esa hondonada que iluminaba una senda inédita. Y una vez más en esa semana, uno por uno, cada trozo aún comprimido de mi pecho, se desprendía y sucumbía más allá de sus ojos, más allá de su rostro. ¡Todo mi ser... tan solo... desmayaba!

Fue ella quien acarició mi cabeza y murmuró en un susurro: —¡Te pareces tanto...!

Y por fin, lo hice. Tendí los brazos hacia aquella anciana que cobijó su ternura en mi pecho. Las lágrimas asomaban a nuestros ojos cuando el abrazo nos estrechó a los tres.

La tía vieja continuó sollozando en mis brazos. El descon-suelo la sacudía y la ahogaba casi, sin que yo supiera qué hacer. Temí que su corazón no pudiera resistir tanto estertor y quise detenerla. Pero su cadencia me hacía prolongar el abrazo. De pronto me parecía una adolescente necesitando amparo y hasta perdón. ¿Qué podía saber yo lo que en ella se derramaba? Era el momento de dejar fluir mi propio caudal de lágrimas sin sentirme tan avergonzado.

José me llevó a su taberna de pisos de madera y mostrador quebrado. Cinco mesas formaban el escenario donde todo huele a mosto. Me presentó a los parroquianos. Eligió la más alejada al fondo. Insistió en invitarles un “vinillo” y se burló de mí.

—Este año vamos a tener una buena cosecha con las olivas, las vieras tú cuando el sol les pinta ojillos dorados... el aroma se te pega en la nariz y el sabor al paladar...

—Toda la familia en las olivas, ¡eh!

—Mira pues, desde el abuelo del abuelo del abuelo...

—Parece mucho tiempo... ¿tal vez desde el siglo dieciocho?

—¿Por qué no? Se lleva en la sangre... Mi padre, que Dios lo tenga cuidadito en el cielo, nos contaba los proyectos del abuelo. Cuando él era un niño sentado en la gran mesa familiar, el abuelo tomaba un vinillo como éste antes de la comida y brindaba ¡por los olivares Pereyra! Cada día preguntaba a cada uno de sus seis hijos, por los brotos nuevos. Seis hijos que prometían ramificar por seis aquellas olivas y volverse embriones que multiplicarían las familias y los olivares. Luego, seis por seis por seis —José estalla en carcajadas, golpea mi espalda y se echa atrás en la silla— habrían de generar más de doscientos brotos nuevos que se multiplicarían por seis por seis por seis... el mundo entero quedaría poblado de alegres Pereyra esparcidos sobre la faz de la tierra dilapidando olivas y niños... —la mirada de José se va enterneciendo, las palabras se escabu-



llen para brotar en sus ojos humedecidos mientras la boca las expulsa entre sonoras carcajadas.

Me uno a las carcajadas de José, lo cual aumenta sus agudos próximos al chillido y estimula aún más mi risotada de tono grave. El contrapunto se extiende, gana volumen y se despliega al resto de los parroquianos. Ya todos estamos soltando un concierto de risas en aquel bar, contagiándonos la alegría, sin que importe demasiado de qué ríe cada quién. El dueño del bar se suma al jolgorio, ofrece la jarra de vino para todos. No falta el jamón serrano, las olivas, el requesón y el pan sin levadura.

Por la puerta entreabierta se cuele un hombre. Hay algo en él que no sé definir, pero me resulta familiar. Se acerca a nuestra mesa y sin esperar invitación, abraza a José y se hace lugar. José lo zarandea con cariño y entre frases entrecortadas me suelta un “este es mi amigo Antonio, vieras como canta...” y ya estoy encariñado con él y aún no he oído su cante pero me sé su incondicional admirador.

¿Será que he pasado la media docena de copas...?

Estamos en ronda. Las anécdotas se sobran y desbordan las mesas, sumándose al carcajeo. El tiempo se va deslizándose sin tope de copas... las copas se sobran sin tope de tiempo... el tiempo desborda con copas sin tope... ¡ay!

Creo que fue la hija de José que le puso tope a la juerga. Rosario Pereyra era bonita, natural y bien formada, sin sofisticación. Su pelo negro caía lacio sobre la piel cetrina y su perfil evocaba las cariátides de los templos helénicos. Contuvo muy divertida la burla, nos tomó a José y a mí del brazo y marchó rumbo hacia la casa donde su madre había vuelto a calentar la cena por tercera vez. No podría recordar cómo terminó aquella velada. Creo que Antonio estaba pidiendo una guitarra para acompañar su cante... ¿o tal vez llevaba la propia?

A la mañana siguiente, me dispuse a bajar las escaleras —confieso— un poco avergonzado. José estaba desayunando, me hizo una señal con el brazo y yo me senté a su lado. Cristina, su mujer, nos sirvió jugo de naranja y zanahoria, nos miró de reojo, blandiendo bajo amenaza la humeante jarra de café.

De muy buen humor y mejor apetito, no fue necesario recordatorio alguno para que José retomase el relato, en el preciso lugar que lo dejara la velada anterior.

—Las ilusiones del abuelo se desplegaban a la hora del almuerzo y se digerían junto con la comida. Su entusiasmo se propagaba como la peste en cada uno de los hijos. A medida que pasaban los días el proyecto iba creciendo. Quería poblar toda España con sus olivares. Decía que si no le daba la vida, lo vería desde el lugar que el buen Dios le asignase, fuera el cielo o el infierno.

Sonreí imaginando la escena y traté de buscar entre los hijos, a mi padre, el menor de los varones para suponer su reacción. Sin darme cuenta, la pregunta resonó en voz alta:

—¿¡Mi padre fue el único que al irse del pueblo no siguió ese camino...!?

Tu padre era el único que no quería saber nada de olivares. Se ponía como pimiento cada vez que el abuelo traía el tema, que, como ves era cada día y todos los días. Se volvía hosco y querellante, bramaba que todo eso ya lo había hartado! Francisco se levantaba de la mesa sin terminar de comer. Arrojaba la cuchara sobre el plato, su furia hacía saltar la silla... y salía como perseguido por un demonio.

—¿Por eso dejó el pueblo? —quise apresurarme a zanjar la vieja duda.

—Se fue de pronto, sin avisar a nadie, sin despedirse. Se fue en busca de un sueño diferente. Dice mi padre que el tuyo se empeñaba en soñar otra vida. —José atajó mi gesto— No, no sé

cuál, nadie lo sabía, ni siquiera él mismo. Decía que en esa casa no había lugar para otros sueños, que las olivas bloqueaban su pensamiento. Tenía pesadillas nocturnas. Las olivas le caían encima, toneladas de olivas, golpeándolo, derribándolo, ahogándolo. Despertaba gritando de terror y estallaba en sollozos. Mi padre dormía a su lado y trataba de calmarlo. Pero las pesadillas se repetían y testigo de tanta ansia, él mismo le sugirió que se fuera del pueblo, al menos por un tiempo. Jesús, mi padre, decía que el ansia que gastaba Francisco a veces le daba temor —José hizo una pausa y agregó— ¡Vaya, estoy repitiendo las palabras y el tono de mi padre al contarlo! ¡Es que me hacía mella, sabes... también me tocó fuerte la idea de irme del pueblo! Perduró hasta que ese sueño, el sueño del abuelo y los olivares, me soñaba a mí por las noches. Me quedé. El sueño de poblar toda España con mis olivares es mío ahora, primo. Si te vienes con nosotros...

—Creo que nunca logró realizar ningún sueño —exclamé— ¡solo le quedaron las pesadillas!

Me tomó tiempo reconstruir una vez más la imagen silenciosa de mi padre sumido en sus pensamientos, sin mirarme, sin ver el televisor que tenía delante. El eco de mi voz se apagaba mientras repetía para mí: *sólo se le quedaron las pesadillas*. Pensé en el sufrimiento de un cuerpo aplastado por toneladas de olivas.

—Francisco se fue una madrugada, sin despedirse. Mi padre decía que su partida dejó amargor en la familia. Al menos él volvía a sentirlo cada vez que lo recordaba. A veces parecía que iba a decir algo más, pero suspiraba y regresaba al día de la partida de su hermano. Porque ese día, a la hora del almuerzo, ninguno de los comensales sabía cómo digerir el gazpacho. El abuelo los miró a todos, recorrió con semblante severo a cada uno de los que rodeaban la mesa, levantó su copa de vino del

mantel blanquísimo y con un tono más fuerte que el habitual, renovó el brindis.

—¡Por los olivares Pereyra!

Yo estaba viendo aquella escena, sentado a la mesa en el lugar que mi padre dejara vacío. Veía el rostro tenso del abuelo, su barba negra temblar por un instante y refundar la voz que amenazaba quebrarse. Podía verlo y sentir vergüenza por mi padre.

—Todos repitieron su gesto y tuvieron que tragarse el brebaje —José continuaba el relato donde yo hubiera querido detenerlo— Y la vida pareció continuar su ritmo. La mesa volvía a poblarse de la algarabía de antes. Tan sólo la abuela no rio más y nadie pudo evitar que su mirada se perdiera junto al silencio de las sierras en la eternidad de los olivares. Enfermó y sin nombrar jamás aquello que la aquejaba, se llevó el secreto a la sepultura.

De pronto recordé una noche en casa, una reunión de amigos. Mientras preparaba un aperitivo, al abrir un frasco de aceitunas rellenas, mi mano resbaló y su contenido se deslizó sobre mi brazo, manchó mi camisa y cayó al suelo con estrépito, provocando una multitud de vidrios rotos. El líquido se derramó regando el comedor de manera desmesurada. No guardaba proporción ¡tanto desastre por unas pocas aceitunas!

En mi antebrazo, una pequeña herida sangraba.

Esa noche nos quedamos sin ellas. Pero cada uno de los que iban entrando, reclamaba una explicación para aquel olor acre que había quedado como testigo, en el aire. Esa noche, faltando a la mesa las aceitunas, ellas se habían apoderado de la velada. Y la conversación giró en torno a las ausencias. Me vi hablando de España, de la familia y sus olivares. Recordé cuánto mi padre odiaba... las aceitunas.

Luego del relato de aquella noche yo me descubría sin letra, rodeado de murmullos y silbidos de viento. Una escueta frase

colgaba como un título sin contenido, en tanto éste buceaba en la penumbra. Fue al apoyar la cabeza en mi almohada que una voz desconocida me susurró... *no lo sabes, has de ir allá*. Y la pequeña voz tomó las riendas. Durante dos largos años había apartado dinero... dinero y preguntas... Sí, ya era tiempo.

Por eso había venido.

Acercarme a los olivares era la odisea señalada para aquel día. Ya entrada la tarde, José *encendió los motores* y el viejo carromato nos acercó apenas un par de kilómetros. Los olivares Pereyra estaban muy próximos al pueblo. Habían ido arrimándose sin prisa desde hacía años y ya habían comenzado a rodearlo.

Avanzábamos ahora a pie entre un mundo florido de plantas y arbustos rastreros que lanzaban zancadillas a mis pies. Yo levantaba las rodillas para no enredarme y caer. Las fragancias me rodeaban. Violetas y rosados daban marco al horizonte. Las ramas tocaban mis mejillas. La exuberancia me arrojaba desde diferentes alturas. Mi pantalón rozaba los arbustos, el aroma a romero iba metiéndose por mi nariz y una mezcla a lavanda y tomillo brotaba desde la tierra. Cerca de la cúspide de aquel monte, la vista de los olivares era una ceremonia a punto de celebrarse.

El primer paso enfrió mi sonrisa. No esperaba un suelo tan árido, tan acartonado. Hube de sacudir con rapidez mis expectativas. Borrarlas a fin de perpetrar lo que se ofrecía a mi vista y recomenzar sin imágenes apócrifas. ¿¡Esos eran los olivares Pereyra!? ¡Un tablero achatado...! En él, prolijamente instaurados, los añosos árboles se erguían heréticos cubriendo con su formación de escuadrón, todo lo que abarcaba mi vista.

Mi primer desencanto sufrió un sobresalto. Una presencia inquietante parecía descender junto a mí. No venía del cuerpo de José que al flanquear mi izquierda detenía el libre fluir del

viento. Surgía del levante. Aquello pareció avanzar y desplegarse en diagonales. Era una corriente constante que sin apuro atravesaba el olivar, rama tras rama. Cerré los ojos –no sé por qué lo hice– y quedé paralizado; veía un rostro... casi un niño a pesar de sus años y su mirada indescifrable. Fulguró y desapareció antes de volver a abrir los ojos.

Caminé en medio de aquel orden de soldadesca tratando de mitigar el efecto. Volví a percibir la fuerza del viento de levante hamacando tupidas malezas, susurrándole a las hojas pequeñas y grises, liberando las vibraciones de su diapasón.

Recia, dura e inflexible, así es la madera de los olivares milenarios. Entre sus ramas y a paso lento me siento atravesando el eterno huerto de Getzemaní, que parece congelado para siempre allí, ante mi vista. Solitario y vacío como está, deja ver lo que allí aconteció.

Los olivares, estáticos y en orden, parecen reservados para ser el escenario sobre el cual se desliza la historia.

El transcurso del tiempo no puede matarlos. Soportan sequías e inundaciones, sin quejas, sin avizorar secuelas. Imperturbables florecen y regalan su fruto en las cosechas.

Son multitudes de recolectores que se aproximan a estremececer sus dones, que descienden a recoger sus uvas cambiándolas por hogazas de pan. Y los olivares, entonces, cumplen su ciclo con regocijo: se despojan de todo lo que han atesorado y desnudos aguardan, con la paciencia del mundo, volver a florecer.

Tan solo el rayo los parte. Cuando todo el padecimiento sobrellevado en sus ramas estalla, se incendian en su propio fuego. Como zarza ardiente, humean los últimos abrazos.

Ya próximo al sosiego del atardecer, fui testigo del sol pintando en efecto, ojillos dorados sobre cada una de las uvas verdes y moradas, el aroma se pegaba a mi nariz, el sabor en mi paladar. José a mi lado, recorría en silencio aquel santuario.



Ahora podía sentir la grandiosidad que reinaba en aquellas imágenes. Sobrecogía de tal modo que impedía cualquier esbozo de palabra.

De todos modos no hubiera podido decirla.

Levanté mis manos hacia las ramas para llevarme algunas olivas. La rama resultó tan dura como el tronco. Tironeé de una de ellas, sin poder cortarla. No apliqué la técnica correcta. Debía deslizar mi mano entre la rama y arrastrar conmigo el racimo de olivas. Pero aún no lo sabía. Ante una dureza tan inesperada, aumenté la presión. A medio camino su aspereza ya me había lastimado y la sangre al brotar, recorría mi antebrazo.

Lancé una breve exclamación. La sorpresa, el dolor, mi propio descuido, la irritación, la visión... todo se soltó en una fracción de segundo. El frasco de aceitunas volvía a deslizarse de mis manos y caía con estrépito. Mi grito golpeó el viento, tropezó y pareció extenderse por el aire en escalofriante eco. Los rayos de un sol ya desfalleciente penetraron con violencia entre las ramas y las llenaron de luz. Quedé cegado por un instante y en medio de aquella incandescencia vi los rasgos de mi padre delinearse fugazmente. Todavía me trastorna recordarlo. Creo que tenía los ojos cerrados. Lo vi desencajado, aún no sé definir si de ira o de terror, tal vez desesperación. Me detuve evitando proferir otro grito.

Pero el golpe que sentí en el pecho acusó ese desquiciado designio ancestral.

José tomó con rapidez algunas olivas, retorció el fruto hasta el propio hueso y cuando el aceite comenzó a brotar entre sus dedos, untó mi herida. Tomó su pañuelo lo empapó en el aceite y me lo entregó.

Retrocedimos hasta el monte y nos sentamos en el mismo borde para ver partir la tarde.



Entonces necesité decirle que había sentido esa presencia, que había entrevisto la imagen de mi padre, que eso me había acontecido, dos veces.

—Suele suceder —respondió sosegado.

No dijo más. Tampoco yo. Y allí permanecemos viendo cómo el viento de levante desmoronaba el día y oscurecía el cielo hasta que el resplandor de la luna comenzó a iluminar las pequeñas hojas grises. Entonces el follaje usurpó ese matiz plateado y blanco de los fantasmas de la noche.

La semana se había deslizado en un pestañeo. No podría recordar en este momento las casas que me acogieron, las historias que me envolvieron, las preguntas que respondí sin saber de qué me hablaban, los primos y primas que me regalaron sus sonrisas, sus comidas deliciosas, sus vinos. No podría describir las risas que lograron arrancarle a este autómata —casi autista— que siempre he creído ser.

Aquella semana había despertado en mí una alegría que nunca creí posible. Pero llegaba su fin y yo debía marcharme al día siguiente. Sabía que cargaba de regreso una maleta con miles de nuevas preguntas sin responder. Ahíto de imágenes y de historias, iba conmigo el ansia de reconfirmarlo todo, de llegar a mi casa para reubicar cada una de las perlas que había recogido.

Entonces María Rosa mi tía vieja, me invitó a recorrer el pueblo por última vez. Se tomó de mi brazo y con esa energía suya en constante renovación, me fue guiando por las callejuelas angostas, esquivando callejones sin salida, doblando en las esquinas de tiernos carteles celestes. Me demoraba leyendo los nombres de las calles, entre faroles antiguos, pasando debajo de balcones enrejados, deliciosos en aromas, generosos en flores que enlazaban sus atavíos de uno a otro lado de la calle.

Nuestros pasos resonaban sobre los adoquines. Así debió verse el pueblo cuando mi padre lo recorría. El tiempo había



aguardado por mí y se me antojaba detenido desde entonces, sin artefacto de tecnología que osara modificarlo.

Sentía rondar los muertos. Aunque los niños tomaran su lugar, apenas neutralizaban el dolor siemprevivo de aquellas ausencias.

Entrábamos por una de las calles empedradas que parecía no tener salida. A medida que avanzábamos se podía leer el cartel que la estrecha esquina había ocultado. Cuando doblamos *La calle del niño que perdió el zapatico*, mi tía me advirtió:

— Antes de doblar la otra calle, escucharás abrirse la celosía de aquel balcón... ¡no se te ocurra levantar la cabeza ni echar un vistazo!

El tono de su voz había cambiado, se volvía ceremonioso y tenso. Por eso no insistí en saludar a Antonio que se alejaba en la siguiente calle y no me había divisado. La anciana intentaba transmitirme algo indispensable para ella. Tanto fue así, que tuve la impresión de hallarme ante el objetivo de aquel paseo, tal vez del mismo viaje.

¿Qué deseaba mostrarme?

En efecto, al aproximarnos con paso lento, una celosía chirrió discretamente en lo alto, delante de nosotros. Una sombra se recortaba erguida tras los visillos.

Su mano aferró mi brazo y seguimos caminando hasta que la voz de mi tía, su voz... me hizo temblar:

— Esa mujer es María Soledad... una anciana, como yo. Supo ser mi mejor amiga cuando éramos mozas. No la he vuelto a ver desde entonces, pero yo sé bien que ella habría dado el resto de su vida para poder contemplarte. A ti, sí, por única vez. Tú, el hijo de Francisco. Por eso te he traído hasta ella. — algo daba vueltas dentro de mi cabeza sin encontrar lugar. La tía continuó hablando, con pausa y precisión— María Soledad era la novia de tu padre. Y tú, tan parecido a él, eres ese hijo que ella pudo haber tenido —su voz va ahogándose y he de

hacer un esfuerzo para no perder sus últimas palabras— No se casó nunca. Siente vergüenza desde el mismo día que Francisco la abandonó. Jamás volvió a salir de esa casa.

Miré por la ventana de mi compartimiento. Los guardias encajaban sus quepis marcando el paso con ritmo corto y rápido, intercambiando su código de señales y silbatos. Una pequeña multitud agitaba sus brazos y clamaba por mi retorno. ¡Ah! José amigo, Felipe... la morena Carmen también sonríe y levanta su pañuelo... Sí, Carmen, gracias... ¡mi dios, Carmen!

La opresión en mi garganta se hizo más intensa, ¡estaba abandonando el pueblo! ¡Dejaba *mi* familia y *mis* sierras para siempre! Otro Pereyra que... muy dentro de mí, sabía que... no iba a volver.

El tren despegaba del andén.

Miré por la ventana. La estación lucía otoñal con el sol prodigando sus últimos rayos justo antes de ocultarse tras las sierras. Desprendí sus arcadas de medio punto y sus macetones andaluces, para llevarlos conmigo.

Los primeros metros de aquel largo trayecto de retorno a casa, fueron los más estruendosos...





## POST-LOGO

*La muerte, los duelos, las pérdidas han rondado entre los cuentos, porque algunos de sus protagonistas o sus relatores ya están en aquel reino. Tal vez hubo que dejar pasar el tiempo hasta aproximar distancias y reunir aquellos que habitaron mi imaginario. Se ha vuelto entonces un homenaje para ellos, con la intención de retenerlos un poco más.*

*Todo parece volverse una gigantesca rueda que girando sobre sí misma, tiende a repetir sus sonos de generación en generación.*

*Y aunque enlacemos los tiempos en los diferentes relatos, cada lector habrá de definir el momento que le toca vivir. Para preservar la frontera con la vida.*

Raquel Zieleniec  
ardilla@adinet.com.uy

*p.s. —Gracias, Javier, por acompañarme en este viaje, porque tú también sabes de estas cosas y compartirlas es liberarlas un poco.*



## ÍNDICE

Vivir en la frontera / Javier Etchemendi | 7

Game over | 9

¡Por haber nacido tan pobre! | 19

Instrucción para llegar a mí | 25

El piso 23 | 27

Just do it | 35

Que nunca sepas | 45

La entrevista | 55

La frontera | 67

El libro que falta | 73

Una mancha de óxido | 81

El eco de mis pasos | 89

Post-Logo | 109

